

Gabriel Moroni

Cortar las frutillas

Moroni, Gabriel

Cortar las frutillas / Gabriel Moroni - 1a ed adaptada: Córdoba : Ediciones Pornos, 2018.

110 p. ; 20x13 cm. - (Pornos Narrativa Latinoamericana ; 13)

ISBN 978-987-28634-4-9

1. Cuento. I. Título.

CDD A863

Gabriel Moroni (Córdoba, Argentina. 1988)

gabmoroni@gmail.com

Foto e idea de Tapa:

Ernesto Ariel Torres (Córdoba, Argentina. 1986)

elnesto@gmail.com

Diseño de Tapa:

Maximiliano Andrade

Diagramación de Interior:

Juan I. Dominguez

© Ediciones Pornos, 2018

www.leapornos.com

Gabriel Moroni

Cortar las frutillas

PORNOS

E D I C I O N E S

Asunción · Bacalar · Buenos Aires · Bogotá · Córdoba · Guadalajara
Köln · La Habana · La Paz · Montevideo · Nueva York
Santiago · São Paulo · Talca · Valparaíso

A Coty, por los sueños...

A Gino, por la magia...

*That's all we have, finally,
the words,
and they had better be the right ones.*

RAYMOND CARVER

¿A dónde te llevo?

El taxi estaciona en la esquina del boliche a eso de las cuatro de la mañana.

—Buen día... —dice el chofer.

Magui larga una carcajada y se mete en el auto.

—Será buenas noches —dice risueña.

A Pablo le hubiera dado gracia verla arrastrar así la cola por el asiento, como si tuviera problemas para moverse. El chofer le sonríe por el espejito.

—¡Será! —dice el taxista.

La butaca hace un ruido burdo cada vez que su piel se pega y despega del cuero. Magui se tapa la boca para no reírse. Había decidido meterse en el auto por detrás del asiento del acompañante y arrastrarse hacia atrás del conductor. ¿Para qué? Más fácil hubiera sido entrar por la otra puerta. Contiene de nuevo la risa y trata de fijar la vista en el conductor. No puede, todo da vueltas.

En el rato que tarda en entrar, hay un silencio incómodo. Cuando levanta la vista al espejo como para disculparse, nota que el tipo, duro y con el cuello firme, parece estar muy ocupado mirándola. ¿Las piernas? A lo mejor. No podría decir.

—¿Para dónde? —dice el tipo, todavía observándola.

De súbito y sin ningún motivo, se da cuenta de que desconfía de él. Hay algo en el pelo, ese flequillo pegado a la frente. Algo, no sabe qué. Pero la sensación dura poco. Sos prejuiciosa, Magui, se dice. Y encima esa copita de vino te dejó mareada.

—Vamos hasta Avenida Sabattini, a la altura del Carrefour —dice Magui.

—Vamos —dice el tipo y sacude la palanca de cambios antes de acelerar. El auto se mueve.

Le da pena avisarle a Pablo que ya está en camino. Con lo marmota que es, seguro duerme desde temprano. Se le parte la cabeza. Pero valió la pena, piensa. Claro que valió la pena. Esta era una noche para celebrar. Todo había salido bien: la cena con las chicas, el boliche, el brindis del final. Hacía dos días que sabía, pero todavía no le había dicho nada a Pablo.

—Linda noche —dice el taxista.

—Sí... Linda noche... —responde Magui sin mirarlo.

En los dos años y medio que llevaban viviendo juntos con Pablo en el departamento chiquitito que alquilaban en el centro, las dos plantas de macetas grandes que tenían en el living y regaban a diario, todavía no se habían muerto. Según su madre, con eso era suficiente. Pero Magui quería estar segura y pensarlo bien antes de contarle. No estaba preocupada por él. Pablo era bastante fácil de leer. Como decía

su amiga Ale: los jugadores de hockey son bastante simplones. Ella, en cambio, necesitaba acomodarse a la idea.

—¿Sos de acá? —dice el taxista.

Magui aclara la voz y lo busca en el espejito.

—¿De acá de la ciudad? Sí, claro. ¿Por? ¿No parezco?

El chofer sonríe de costado. No es la sonrisa más agradable que Magui haya visto.

—Del barrio, digo.

—Sí... O sea... ¿Cuál barrio? ¿Del que vengo o al que voy?

—Al que vamos —dice el hombre—, barrio Los Álamos.

—¡Ah! Sí... Sí. Me mudé hace poco.

—Mirá vos... No parecés de allá...

Los dos hacen silencio.

—¿Por? —pregunta Magui segundos después. No quiere sonar demasiado interesada, aunque duda de haberlo conseguido.

—No sé, no parecés.

Magui no sabe qué decir. Por un rato mira las luces del centro a través de la ventanilla.

—¿Noche ocupada? —dice ella para cambiar de tema.

—Empecé hace un ratito, vos sos mi segundo viaje.

—Ah, empezás tarde.

—Me gusta trabajar de noche a mí —dice el hombre—. Dicen que la gente interesante duerme de día y vive de noche. Y puedo dar fe. Se ha subido cada uno al taxi, no te imaginás. Creo que eso es lo que me mantiene entretenido, ¿sabés? Porque, como todo en la vida, el problema empieza cuando uno se aburre.

—Claro —dice Magui, de nuevo concentrada en la ciudad que se ilumina detrás del vidrio a pinceladas aceleradas, tal vez producto del mareo.

—Los viajes más divertidos han sido como a esta hora. Si te contara. Ufff..

El hombre chasquea los dientes. Magui no lo quiere mirar.

—El tema es que la noche no es para todos, qué sé yo. Está muy brava la cosa. Especialmente para los jóvenes. Chicas como vos, qué sé yo. Tenés que tener cuidado, hoy en día te puede levantar cualquier degenerado... —Magui lo espía moviendo los ojos, pero no el cuello. El hombre gesticula, enfocado en el camino—. Y vos estás en el auto como atrapada... ¿Qué vas a hacer? ¿Tirarte? Por eso siempre es mejor llamar a la central que tomar uno cualquiera en la calle. Te lo digo como dato. El otro día salió en el noticiero, no sé si lo viste, una chica jovencita, veintidós creo que tenía. Viernes a la noche se sube al coche ahí en la zona del ex mercado de Abasto donde están todos

los bolichines, le dice que va para barrio Talleres Sur y, de lo bien que están charlando, a mitad de viaje, se da cuenta de que el tipo la está llevando por cualquier lado. Se quiere bajar, pero él no la deja. Empieza a gritar y a tratar de abrir la puerta, pero nada. Y claro, estos autos tienen cierre centralizado y bloqueo de seguridad para neños, o sea que, por más que quieras, no hay forma que lo abras desde adentro.

Un hosco *clack* acompaña la repentina pausa del hombre. Las puertas se traban todas a la vez.

El chofer la mira a través del espejo. Magui aprieta la tira de su cartera negra y se queda dura.

—Tratá, dale —dice el hombre.

—¿Qué? —dice Magui, su voz, casi un murmullo.

—La puerta —insiste el hombre—. Tratá de abrirla.

Magui, que de pronto ya no se siente mareada, lleva la mano a la manija y trata de abrirla con dos dedos. Tira una vez casi sin convicción. Nada. Tira de nuevo, esta vez con más fuerza. Tampoco. El último tironeo es en serio: realmente trata de abrirla.

—¿Ves? —dice el hombre levantando la voz—. No se abre. Por más que quieras, no se puede.

Magui saca la mano de la manija.

—Como te decía, lo hacen súper seguro para los niños, no vaya a ser cosa que abran la puerta en medio de la calle. Yo acá tengo todos los controles— con la mano derecha el hombre hace un ademán señalando

a grandes rasgos el área donde están los comandos—. La cuestión es que esta chica, ya consciente de que la están queriendo secuestrar, se saca un zapato y le empieza a dar a la ventanilla hasta que la rompe, ¡y mirá que son duros los cristales! Cuando lo logra y el vidrio ya está destruido, saca el cuerpo por la ventanilla y ahí dice que el tipo acelera como loco (parece que ya están por entrar a la autopista), pero igual se tira. ¡Se tira a la calle! ¿Podés creer? Con un auto en movimiento y que irá a ¿qué? ochenta, noventa kilómetros por hora a esa altura. La mina se tira y obviamente se hace mierda contra el pavimento, se quiebra la cadera, se abre la mitad de la cara. Pero claro, se salva de que se la lleven andá a saber a dónde, porque puede ser para violarla en un descampado al costado de la ruta o para venderla a un círculo de trata. Aunque, por cómo quedó, pobrecita, creo que violada en el campo la hubiera sacado más barata.

Magui levanta las cejas.

—Qué terrible —dice bajito, casi imperceptible.

—Sí, terrible la verdad. Tirarse de un auto en movimiento es suicida.

El taxi frena de golpe. Pasando la esquina con el semáforo en verde, otro auto había cruzado en rojo a toda velocidad. El hombre baja el vidrio de su lado.

—¡La concha bien de tu hermana! —grita, pero el otro ya está muy lejos.

Magui prueba disimuladamente la manija de la puerta. No abre. El hombre sube el vidrio.

—La gente anda loca a esta hora —dice.

—Sí... —susurra Magui.

Por un rato están sin hablar. A esa hora, las calles del centro tienen el brillo opaco de lo que se apaga despacio. Magui saca el celular de la cartera y busca a Pablo en la lista de contactos. *Ya estoy en el taxi...*, escribe. Hace una pausa y agrega: *el chofer no me gusta nada*. Las yemas de los dedos acarician el botón enviar, indecisos. Detrás de la ventanilla, las calles siguen siendo las habituales; todavía van por el camino correcto. Qué paranoica que estás, Magui, se dice, ¿para qué lo voy a asustar? Así que bloquea el teléfono y lo guarda sin borrar el mensaje.

¿Por qué todavía no le dije?, piensa. Ayer le podría haber dicho. Antes de ayer, incluso. De pronto se siente culpable de estar ahí sabiéndolo todo, mientras Pablo duerme sin sospechar que todo está a punto de cambiar.

—¿Vivís sola? —dice el taxista.

La pregunta la toma por sorpresa. El celular se resbala de su mano y cae al suelo del auto.

—¿Perdón? No... —dice Magui mientras se agacha y lo busca—. No, no vivo sola. Vivo con mi novio... ¿Por?

Magui se incorpora y lo examina. El hombre

tiene una sola mano en el volante mientras con la otra acarica la punta de la palanca de cambios con la yema de los dedos. Hace pequeños círculos y, cada tanto, le da dos golpecitos con el índice antes de empezar de nuevo, como si reprodujera una melodía que solo él podía escuchar.

—¿Te molesta si fumo? —dice el taxista.

A Magui le llega el sonido de las manos del hombre revolviendo la guantera. Los dedos de los pies se le contraen adentro de los zapatos. El taxista le muestra la caja de cigarrillos a través del espejo retrovisor y levanta las cejas, como esperando aprobación.

—Ne... —Magui aclara la voz, que le ha salido ronca—. No, no me molesta.

El hombre sacude la caja de cigarrillos con una mano y saca uno con la boca. Después levanta la caja hacia ella.

—¿Querés uno?

Magui niega con la cabeza.

—No, gracias, no fumo.

El hombre enciende el cigarrillo y le da una pitada. En un segundo el auto se llena de humo. Magui reconoce los locales de la avenida y calcula cuánto falta para su casa. Todavía no hicieron ni la mitad del viaje.

—Sabés que hace un par de noches levanté una chica que era de allá también.

—Ah, mirá —dice Magui.

—Sí. Simpática... Linda chica también.

Magui se cruza de piernas. Aprieta las rodillas todo lo fuerte que puede, aunque sabe que es imposible que se le vea nada.

—Bah, qué digo, ¡una rubia divina! ¡Ufff! —el hombre saca un segundo las manos del volante y se agarra la cabeza—. No me quiero ni acordar, mirá. Me hace mal acordarme, ¡ja!

Magui se mira las manos que tiemblan un poco. Tantas veces había escuchado esta historia. Amigas, familiares, conocidas. Toda su vida parecía haber anticipado este momento. Este taxi y esta noche.

—Por eso te digo que trabajar de noche es otra cosa. ¡Las chicas de tu edad están como locas! Hace unos años no eran tan así, no era tan fácil.

Magui saca el celular, lo desbloquea y, ahora sí, envía a Pablo el mensaje que antes había descartado.

—La cuestión es que la levanto, habrá sido como esta hora, creo... o no... no, no, un poco más tarde tiene que haber sido porque al ratito amaneció. La levanto y de lo bien que venimos charlando, de la vida y qué sé yo, me dice: “Che, no tengo plata para pagarte”, “¿Cómo que no tenés plata?”, le digo, “No, pasa que la noche estuvo fuerte”, me dice. “Fuerte” ¿Podés creer? Qué sé yo lo que significa fuerte.

El hombre pita el cigarrillo mientras la mira por el espejito.

—Lo peor es que ya íbamos casi por la mitad, así que imagínate cómo me calenté, frené el auto y todo. “Cómo me vas a hacer esto”, le digo, “bájate ya antes de que te haga meter presa”, “esto no puede ser, esto alguien lo tiene que pagar”, que esto que lo otro. Estaba re caliente, pero la mina ni atinó a bajarse. “Te puedo pagar de otra forma”, me dice y medio que me abre las piernas o no sé qué hace con las rodillas que le veo todo...

Magui tose con fuerza. El humo del cigarrillo se espesa adentro del auto.

—Así que nada, una cosa llevó a la otra y terminamos enroscados ahí atrás en donde estás sentada. Cuando se baja, me dice: “pasa cuando quieras por Los Álamos que acá son todas putas”.

El vidrio del conductor se baja solo los centímetros suficientes para que la colilla del cigarrillo salga disparada, y enseguida sube de nuevo y se cierra. El celular que descansa sobre la falda de Magui no se ha iluminado en ningún momento, pero aun así lo chequea con la esperanza de encontrar que, en una de esas, Pablo ha contestado.

Pero no, Pablo no ha contestado. Claro que no, si son las cuatro de la mañana. ¿Por qué estaría despierto? Piensa en llamarlo. En llamarlo ya. Pero desiste y, en cambio, manda otro mensaje: “*estás despierto?*”. Después navega el teléfono hasta el menú del

chat para comprobar la última conexión de Pablo. El pecho se le contrae. Fue hace cuatro horas. Entonces escribe otro mensaje: “*estás ahí?*” y lo envía a las chicas, a todas, para comprobar segundos después, uno por uno, que ninguno se marca como recibido. Estás sola, Magui, se dice.

El auto se detiene inesperadamente. Magui levanta la vista y busca en el espejo retrovisor los ojos del conductor, pero el hombre mira la puerta del acompañante que justo se abre y, en un segundo, alguien sube, cierra la puerta y el taxi arranca de nuevo. Fue en un suspiro. Cuando Magui puede reaccionar, el taxi está de nuevo en marcha.

—Espero que no te moleste, es un amigo que me ceba mate para que no me duerma —dice el taxista.

El hombre se queda mirándola, como esperando alguna reacción de su parte. Magui no entiende nada. O no quiere entender. El extraño recién subido no saludó al taxista ni giró para mirarla. Magui, ahora agitada, empieza a respirar más y más fuerte. Un sudor frío le recorre la espalda debajo del vestido. Desde el principio, este tipo no le inspiraba confianza. Toma el teléfono y llama a Pablo sin ponerse el celular en la oreja. Lo observa llamar cinco veces hasta que entra en el contestador automático. La puta madre. La noche venía tan bien. La celebración. La aceptación. Claro que Pablo lo hubiera aceptado de

entrada, sí. Pero él no era el que tenía que poner el cuerpo. Justo ahora que ya se había hecho la idea, pasaba esto. Ahora que veía todo claro.

Lo llama otra vez.

Los hombres murmuran y, de tanto en tanto, la miran a través del espejo.

Otra vez al contestador. ¿Qué mierda hace que no se despierta? Escribe otro mensaje. “*Pablo!!!! Respondé!!!!*”. Trata de no morderse los labios ni agarrarse los pelos, como hace siempre que está nerviosa. Trata de disimular el pánico. Quizás así, todavía tengo alguna chance. Con dedos erráticos busca otra vez la última conexión de Pablo. Sus ilusiones se reducen a las únicas dos palabras que —se convence— pueden evitar que la encuentren recién mañana, tirada en una zanja: *en línea*. Pero Pablo no está en línea. Pablo duerme, y la puta que lo parió.

Entonces se da cuenta de que ya no están en la avenida.

Trata de reconocer las calles que atraviesan o los carteles de las esquinas, pero nada le parece familiar. A diferencia de las luces anaranjadas que hubiera esperado ver, el lugar por el que la traen es oscuro y desolado. A duras penas escribe otro mensaje, imaginando que quizás sea el último: “*me tienen en el taxi. son 2. no se dnd estoy ni q me van a hacer, llamá a alguien*”.

Se arrepiente de no haber hablado con Pablo, no haberle contado. Así terminan siempre estas cosas, a uno le pasa algo y el otro nunca en la vida se entera de nada. O se entera de una forma terrible. Lamenta perderse la cara que hubiera puesto. Cómo hubiera achinado los ojos y fruncido los labios.

—¿Por qué no estamos en Avenida Sabattini?
—dice Magui en un hilo de voz.

Los hombres se miran.

—No... lo que pasa es qu...

Entonces Magui estalla.

—¡Hijo de puta, por qué no estamos en la avenida! ¿¡A donde me llevan!?! —dice a los gritos.

—No... a ningún lado, es qu...

Fuera de sí y con la cara húmeda de lágrimas, grita y golpea el asiento y el vidrio del auto con los puños y los pies.

—¡Déjenme salir! ¡Hijos de puta déjenme salir!...

—¡Calmate pendeja! —la interrumpe el taxista—dejame que te expliq...

Pero Magui no escucha.

—¡Abrime la puerta hijo de puta! ¡Abrime la puerta ya!

El teléfono empieza a vibrar: Pablo. Por fin Pablo. Sus dedos transpirados y palpitantes contestan por ella.

—¡Pablo me secuestraron! ¡No sé dónde estoy!

¡Me secuestraron! ¡Llamá a la policía!

En un movimiento rápido y eficaz, el acompañante le arrebató el teléfono de las manos y corta la llamada. Magui grita. Grita hasta quedarse sin aire en los pulmones. Después sacude el asiento del conductor con una ráfaga de patadas y sigue gritando hasta que la garganta se raspa y empieza a toser. El teléfono vibra un rato más en la mano del acompañante, pero enseguida se detiene.

—Hubo un choque en la Avenida, pendeja — dice el hombre que le arrebató el teléfono—. Nadie te quiere secuestrar.

—No me importa, abríme la puerta, hijo de puta... —dice Magui entrecortado, tosiendo y llorando.

No deja de protestar ni siquiera cuando el auto vuelve a la avenida.

Solo se calma en parte, cuando las luces azules del Carrefour aparecen por el cristal delantero. Ahí frena el auto, después de un estridente chirrido. Magui agarra con las dos manos la manija de la puerta que, para su sorpresa, se abre en el acto, como si nunca hubiera estado trabada. El envión la hace pasar de largo y caer sobre la vereda de la avenida. A su lado rebota el celular que el acompañante tira afuera del auto. La carcasa negra del aparato vuela por los aires y retumba en el silencio de la calle. Está a salvo. Respira.

Las ruedas del taxi braman como para salir a

toda velocidad, justo cuando Pablo aparece por detrás de Magui y revienta uno de los faros del taxi con el palo de hockey. Los cristales se desparraman en el suelo.

—¿Estás bien? —dice Pablo mirándola. Está sin remera y tiene puesto el pantalón de pijama celeste que ella le había regalado para el cumpleaños. Uno que le daba vergüenza usar hasta adentro de la casa.

Magui llora y asiente con la cabeza. Gatea para alejarse lo más que puede del auto. Quiere decirle algo, pero siente que la garganta se cierra y no le sale palabra.

El taxi, que se había movido poco más de un metro, ahora se detiene. Pablo levanta el palo de hockey una segunda vez, se arrima al baúl del auto y destruye la otra óptica de un palazo. El faro explota y los vidrios saltan por todos lados.

—¡Hijo de puta! —grita Pablo revoleando el palo—. ¡Bajá hijo de puta!

—Pablo —lo llama Magui desde el suelo—. ¡Pablo!

Pablo se le acerca y apoya apenas una rodilla en el pavimento pero sigue pendiente del movimiento del auto.

—Lo voy a matar Magui, lo voy a matar. ¿Sabés lo que es leer eso entre sueños? Pensé que no te veía m...

—Pablo —dice ella y lo toma de la mano.

Las puertas del taxi se abren. Pablo la suelta y se pone de pie.

—Metete a casa Magui —dice mirándola por encima del hombro.

El conductor y su acompañante bajan del auto. Tienen algo en las manos. Magui cree distinguir un traba volantes.

—¡Pablo! —grita Magui entre lágrimas—. ¡Estoy embarazada!

Pablo se detiene en seco y gira lentamente, como si ese fuera todo el tiempo que necesita para procesarlo.

—Estoy embarazada —repite Magui, esta vez bajito, casi que para ella misma.

Pablo sonrío para cuando los hombres ya casi están sobre él.

Cepa

Salimos del bar ya de noche y borrachos, sin que nadie sospechara nada.

Las cuerdas del bajo todavía retumbaban y el jazz no se nos despegaba de los oídos. La peatonal estallaba de luces y de gente. Cada dos pasos se formaban círculos que rodeaban a los cantantes callejeros; alrededor, niños correteaban y tropezaban con mendigos que dormían sobre los adoquines.

Nosotros resplandecíamos.

Me detuve largos segundos en sus ojos. Estudié sus pupilas y sus párpados, las arrugas del lagrimal. Pensé en lo mucho que disfrutaba mirarla. Le pasé un brazo por la espalda, respiré hondo y deformé los labios para distorsionar la voz. Entonces, al oído y con falsa solemnidad, imité burlonamente el estribillo de “Cry me a river” que una mujer de gorro calado ahora cantaba, pegada a la persiana metálica de una juguetería cerrada. “You droouuuuoveee meee, nearly drove meoooouttt of my heeeeeeeaaaaddd”. Mis labios rozaban el lóbulo de su oreja y ella reía a carcajadas y me apartaba del hombro con un empujoncito amable... “While you neeeveer shed a teea-

aaar"... Después, me sujetaba del brazo y se acurrucaba otra vez sobre mi cuerpo. Así andábamos mientras del lado de enfrente un hombre con el torso desnudo giraba un palo con puntas de fuego.

Ella me empujó apenas para pasar entre la gente y cruzó su mano por mi cintura como aprovechando la confusión para que no reparara en el detalle. Pero lo hice, ¿cómo no hacerlo?, y mi pecho latió, vertiginoso, a un ritmo que solo cedió cuando el sabor a azúcar y ron del fondo de su boca inundó mi propia boca y la noche. Me fascinaba pensar que lo que habíamos hecho no le preocupaba.

Una ligera llovizna comenzó a caer sobre la ciudad y corrimos a guarecernos del agua bajo un techo que se llenó rápido de niños y gritos. Volvimos a besarnos mientras el mundo alrededor se desdibujaba y desaparecía como si no hubiera nadie más que nosotros: éramos invisibles.

Entonces me tomó de la mano y me arrastró de nuevo a la peatonal, que atravesamos a toda velocidad. Su pelo negro, largo, reflejaba las luces azules y verdes de la vereda. Ahí creí entender el inmutable movimiento del cosmos.

Me llevó por las calles corriendo, con la lluvia que nos golpeaba la cara y se nos metía en los ojos, la boca y el cuerpo, para terminar después en un pequeño pasaje entre dos edificios, escondido del ruido del

mundo. Me acomodó en un banco de cemento que atrapaba un oscuro ciprés y se sentó de costado sobre mis rodillas, limpiándose el agua de la punta de nariz con la lengua y los labios. Se reía y me tomaba el rostro con las dos manos y me besaba y me apretaba contra su cuerpo. Apenas si podía respirar, borracho y loco por ella.

Hizo una pausa cuando cambió de lugar su pierna acusando un calambre y repasó con la vista el pasillo donde estábamos. Yo esperaba una pregunta, pero en cambio llegó otra.

—¿Creés que en algún universo paralelo, hacemos el amor allá? —dijo señalando una de las esquinas.

—No sé —suspiré, y deslicé una absurda respuesta—. A lo mejor en un universo paralelo nunca nos conocimos.

Me miró a los ojos sonriendo con suspicacia.

—A lo mejor —ironizó después—. Lo importante es pensar que, en este mismo momento, estamos recorriendo todos los caminos. Tomando todas las decisiones. ¿No es esperanzador? En alguno debemos estar haciéndolo bien. ¿No?

Mis manos buscaron el bolsillo donde se escondían los cigarrillos.

—Espero —dije y prendí uno. De paso, miré la hora en mi iPhone.

—¿Selfie? —propuso, juguetona, señalándolo.
Hice una pausa.

—Mejor aparecé vos sola —activé el flash de la cámara y enfoqué su sonrisa. Ella posó con ternura. Agregué la imagen a la colección de fotos que guardaba en el celular, todas de ella, y sospeché que iba a mirarla una y otra vez en las semanas venideras. Guardé el celular y me excusé con naturalidad—. Sabés que mi cara de foto da miedo.

El silencio ocupó la noche unos minutos hasta que ella lo cortó de nuevo y me tomó dulcemente del mentón. Acercó su cara a la mía.

—¿Será hora?

Luego besó efusivamente la punta de mi nariz con un sonido exagerado.

—Es hora —dije, tras consultar de nuevo el teléfono, y me levanté, apartándola gentilmente hacia un costado.

Abrió con timidez la cartera, sacó el arma de papá y la puso en mis manos.

—Por las dudas —dijo. O dijimos al unísono. O quizás solo yo dije.

Bajamos a la avenida con la luna a nuestros pies, reflejada en la humedad de la calle, asomándose a duras penas entre las nubes. La noche estaba espléndida.

Atravesamos algunas calles más y llegamos a

una casa gris de rejas negras y persianas entrecerradas. Una casa oscura que pertenecía a un pasado que ya no visitábamos. Tomó la llave que guardaba en el bolsillo con aquel llavero, que era el mismo de siempre: esa pequeña sandía que una vez supo ser verde plateado, pero ahora tenía la palidez opaca del tiempo. La puso en la puerta sonriéndome, siempre sonriéndome y sus pupilas, como en la explosión de una estrella vieja, se expandieron y entonces entramos, temblando y muertos de miedo como dos niños. Como cuando éramos niños. Como cuando todavía nos dejaban serlo.

Entramos por el living. El olor a naftalina y desidia se nos coló en la ropa que traíamos mojada y lo sentí pegárseme en la piel como si me untaran dulce caliente de ciruela —ese que solíamos poner a las tostadas del desayuno—, y cuando salimos a la cocina nos tropezamos con el viejo tirado sobre las baldosas blancas y negras, con la boca semiabierta contra el suelo, como tratando de morder espasmódicamente la puta suerte que le había tocado, y los brazos por encima de la cabeza, con las articulaciones torcidas de una manera tan grotesca que confirmaba sin dudas que esa cosa inerte que alguna vez supo ser un hombre estaba tan muerta como un pedazo de madera. O como un cinto negro de cuero falso.

—Ya debe haber hecho efecto —dijo ella mirándome extasiada.

—Parece que sí —dije sin mirarla.

Me quedé unos segundos absorto en la escena hasta que me tomó de la mano, de nuevo, y me arrastró a la escalera que conocíamos bien y me llevó a la puerta del sótano que también conocíamos bien y que estaba tan cerrada como estuvo siempre. Y aunque sabíamos que la llave se escondía en la pequeña caja negra al fondo del segundo cajón de la mesa de luz, oculto a su vez en el armario de la habitación detrás de las camisas azules, decidimos patearla y destrozarla con las manos y los pies hasta que cedió y nos abrió paso a ese pozo oscuro en donde pasábamos tarde de por medio, cuando mamá trabajaba, antes de los rayos y la quimio.

Se acercó a uno de los estantes y sacudió el polvo para levantar la manta que cubría aquello que conocíamos bien y nos quedamos observando un rato. Luego tomo la vieja cámara de video con la que papá solía grabarnos y jugó a filmarnos, haciendo caras raras y morisquetas.

Trajo el trípode, oculto detrás del tercer estante bajo la segunda manta de polvo, y lo puso en el lugar exacto en el que papá solía hacerlo, de espaldas a la puerta y justo en medio de la sala.

—No tiene batería —dijo sonriendo.

—Típico de papá —contesté casi sin pensarlo.

Nos dejamos llevar y la tomé de la cintura

mientras ella me desvestía. Hicimos el amor frente a esa cámara, como antes, aunque ya nadie nos mirara; y reímos a carcajadas, tal vez por eso. Luego me quedé mirando cómo el sueño la abordaba y le saqué una última foto. Me dormí pensando en los universos paralelos y en sus infinitas posibilidades.

Cuando desperté, sin embargo, imaginé también sus infinitas cárceles, en donde los hombres jamás escapan de sus destinos.

Matar al Toby

No fue fácil sacrificar al Toby, aunque siempre es buen consuelo saber que hice lo que había que hacer. En el barrio despertaba suspicacias, ¿viste?, y a nosotros no nos gusta que anden hablando a nuestras espaldas. Por lo menos Elba piensa como yo. En ese sentido estamos alineados y no es poco, te digo, porque debe ser la única cosa en la que pensamos igual. Ni siquiera nos ponemos de acuerdo en si la botella de shampoo se pone boca arriba o boca abajo en la base de la ducha, mirá lo que te digo. Hasta en eso andamos como en una guerra interna a ver qué cosa le revienta al otro para ir y hacerla. Los años de casado pesan un poco, sobre todo cuando pasás la barrera de los veinte; pero así y todo, esa vez que nos sentamos a decidir qué hacíamos con el perro, coincidimos casi de entrada. Capaz por eso lo tengo tan fresco en mi memoria. Muchos se sorprenden de que lo tenga tan presente. A veces ni me creen cuando lo cuento con lujo de detalles y me tratan de fabulador. Fabulador, yo. Pfff. Lo que pasa es que a la gente nunca la vas a conformar, como decía mi viejo, que en paz descanse. ¿Si fue doloroso? Y más vale que fue

doloroso, ¿a vos qué te parece? Contrario a lo que uno podría pensar, matar es lo más sencillo. En mi caso bastó con poner el veneno en el agua que tomaba. El tema es después. Lo tuve que meter en una bolsa y llevarlo así al basurero de la calle Río Negro, ese que está justo antes de las vías del tren. Ponete en mi lugar un poco, imaginate que metés a un familiar tuyo en una bolsa negra de esas de consorcio. Pero no solo eso, porque vos seguro pensás que abrí la bolsa y el perro entró a la primera, pero no, en la vida real todo es más complicado, la bolsa era más bien chica y no había forma de meterlo fácil. Probé primero con la cabeza para abajo para que quede, digamos, en el fondo, pero no lo pude agarrar bien del lomo porque el pendejo pesaba bastante y no lograba nunca alzarlo a la altura justa como para largarlo y que cayera bien adentro de la bolsa, así que se me ocurrió ir metiéndolo por partes, aunque fue peor porque el pibe se me iba zafando de las manos y se enredaba con el plástico ¿viste? Así que se me ocurrió que si a los cabritos a veces los atan de las patas, por qué no podía hacer yo lo mismo con el Toby. Todo despararrado en el suelo, pobre criatura, como pude le junté pies y manos, las até con hilo sisal y de ahí, de ese manjo de uñas y dedos, lo alcé para tirarlo en el medio de la bolsa. Es una situación de mierda, dejame que te diga. Más vale que duele, uno no es de piedra. Pero

mi viejo me enseñó, de pibito nomás, que lo primero es el deber y esas cosas de la infancia a uno se le marcan a fuego, ¿viste? La palabra de los padres se te graba, qué sé yo, a vos te debe pasar también, debe haber alguna cosa que te hayan dicho tus viejos y te acompañe siempre. Estamos hechos de esas cosas, de la educación de uno. Educación que antes se daba en la casa, a la hora de la cena. Ahora eso ya se perdió.

Encima el Toby no era un perro malo; es más, se hacía querer. Te lamía la planta de los pies en verano y te desataba los cordones de los zapatos en invierno. Amoroso nos salió el guacho. Caculé que a la noche se metía al medio de la cama y dormía entre nosotros. A mí, al principio, eso no me gustaba para nada, si te das una idea. Teníamos una cama chica, la misma que hemos tenido siempre, bah, esas de metro cuarenta con respaldar de madera que se hacían antes, acordate que fue un regalo de casamiento. La trajo mi suegra, Dios la tenga en la gloria, porque cuando andábamos de novios dormíamos los dos en una de una plaza. No, si hemos tenido una vida sacrificada, no te voy a mentir, todo nos ha costado mucho. Bueno, en esa cama que apenas entrábamos los dos, porque, dejame que te diga, nunca hemos sido gente flaca, a la noche se subía el perro y se estiraba como si fuera el dueño de todas las cosas. La Elba me pedía paciencia, pero se hacía difícil cuando era yo el que

se tenía que levantar a las seis para ir a laburar y todas las madrugadas me despertaba el mismo circo de que no quiere dormir en su pieza, que tiene miedo, que está oscuro, y qué sé yo. Encima el Toby gritaba que no te das una idea. Igual, ese no fue el problema porque con el tiempo me acostumbré y asumí que no éramos más dos, sino que éramos tres. Además, la Elba jamás hubiera aceptado sacrificarlo solo por eso. Bueno, ¡qué digo! A mí tampoco se me hubiera cruzado, te aclaro. Nunca tuve esa sangre fría. Hacerlo así porque sí no, si no qué clase de cristiano sería yo.

No, el tema con el Toby fueron los robos. Y, más que los robos, los comentarios de los vecinos. Empezaron como algo gracioso un día que estábamos tomando mate en la puerta de casa, ahí en la verja esa que cruzaste para entrar acá. Bueno, ahora están las rejas que tuve que poner tiempo después, cuando nos vinieron a tirar huevazos a la ventana, pero en su momento eso estaba todo abierto y pasábamos la tarde afuera tomando fresco y hablando con la gente. Ahí estábamos un buen día, la Elba y yo charlando anda a saber de qué con el Toby sentado sobre el pasto jugando con unos autitos de plástico. Entre mate y mate se ve que nos olvidamos del perro, porque tampoco vamos a estar pendientes del animal el cien por cien del tiempo, y cuando levantamos las cosas para entrar porque se estaba poniendo frío nos

dimos cuenta que no estaba. Elba se puso medio nerviosa y era lógico, te quiero ver a vos cómo reaccionás si se te pierde un chico, pero yo estaba tranquilo, no sé por qué. Te repito que yo al Toby lo quería porque era como de la familia, pero si te soy sincero, en el fondo tenía como esa sensación de que, de última si se perdía y no lo veíamos más, bueno, de pronto todo iba a volver a la normalidad, ¿viste? Como esas desgracias con suerte que le dicen. Volver a ser dos no era una cosa tan mala.

Le dije a Elba que lo buscáramos, primero, adentro de la casa para asegurarnos y, ahora que te lo cuento en voz alta, pienso que a lo mejor lo hice para darle tiempo al Toby de que si se había escapado se fuera todavía más lejos. Son esas cosas del inconciente, ¿viste? Aunque yo no sé si no son más bien cosas de Dios. Ya cuando salimos a la calle porque el chico en la casa no aparecía, Elba lloraba y tenía la cara hinchada. “¿Ves?”, le dije yo, “un perro no siempre es bueno para una pareja; nosotros podríamos haber sido como esos que se van de viaje, salen de noche, se chupan, bailan. Pero no, con el Toby nunca se puede porque no lo podés dejar solo, porque no te podés distraer, porque es muy dependiente”. Bueno, y no sé la cantidad de otras cosas que aproveché para decirle a Elba ese día. Tanto así, que al último cuando ya habíamos recorrido cinco manzanas y veníamos cortan-

do camino por la plaza, medio que me dio la razón: “Y bueno, qué querés que haga”, me dijo, “ya estamos acá”. Lo gracioso de todo esto fue que, después de haber revisado la casa completa, el barrio y las dos plazas de la zona, cuando llegamos a la verja de acá y ya sospechábamos que Toby estaría a kilómetros de distancia, o que hasta capaz se lo habían robado, Elba vio un movimiento raro en el jardín de la casa del frente, se asomó, y lo descubrió al Toby mordisqueando y despedazando uno de los canteros. Tanto dar vueltas por todos lados, el perro había estado todo el tiempo a cincuenta metros de casa, cruzando la calle.

A Elba se le pasó el malestar en el acto, gracias a Dios, y alzó al Toby para meterlo de nuevo a la casa. Yo me puse contento, como corresponde, pero inmediatamente me acerqué y le dije: “Hay que hacer algo con las flores”. Para que vos me entiendas y no creas que soy un tipo sin corazón, en la casa del frente vive la gorda María Esther, que ahora ya hace un buen tiempo que no nos saluda, pero en ese momento todavía teníamos una buena relación, hablábamos del clima y qué sé yo. María Esther es viuda, ¿viste? Al marido le dio un ACV apenas se mudaron a esa casa y la pobre quedó re sola porque era todo nuevo y no se habían alcanzado ni a acomodar. Yo pensé que se iba a volver a vivir a lo de la madre y que iba a vender esa casa, pero hubo un quilombo

con los papeles y qué sé yo, la cuestión es que María Esther se quedó ahí y empezó a obsesionarse con el cuidado de la casa, yo creo que para suplantar la ausencia del marido. Pintó la casa no sé la cantidad de veces. Que rojo, que amarillo, que marrón. Probó todos los colores hasta que un buen día se la agarró con el jardín y empezó a hacer huecos en la tierra y canteros a lo loco. Un día plantaba una cosa, otro día plantaba otra. Margaritas, geranios, pensamientos; no sé la cantidad de flores que puso. Así que vos entenderás que a mí me preocupaba el hecho de que Toby justo fue a destruir el jardín equivocado. Y por suerte, en esas cosas Elba también entra en razones así que me dio a Toby para que lo tenga en brazos, se cruzó de nuevo al jardín de María Esther y arrancó todas las flores del cantero, no solo las despedazadas por el perro. “Así no se va a dar cuenta que las rompieron sino que va a creer que se las robaron”, me dijo, y se metió rápido en casa.

Y resultó que tuvo razón. María Esther puso el grito en el cielo cuando descubrió cómo había quedado el jardín y se pasó dos semanas advirtiéndole a todo el mundo que se cuidara, que andaba suelto un ladrón de flores. Dejame que te confiese que Elba también arrancó algunas en perfecto estado y las plantó en el patio, pero ¿quién no hubiera hecho lo mismo, dadas las circunstancias?

Ese fue el primer episodio, pero hubo más. Muchos más. Todo empeoró con el tiempo, a medida que el Toby se fue haciendo grande. Vos dirás, ¡qué raro, contrario a lo que se podría pensar! Bueno, sí, es raro y a la vez no, porque si bien es cierto que se empezó a portar cada vez mejor en casa y ya no lloraba a los gritos durante la noche, además de ser más independiente para hacer ciertas cosas, también se puso más grandote y los estragos eran mayores porque ya alcanzaba lugares más altos. De la calle traía de todo: limones, naranjas, duraznos de los árboles vecinos, plantas, plantines. En general, apilaba las cosas cerca de la puerta de entrada y no les daba ningún otro uso que no fuera ponerlas ahí, como de adorno, ¿viste? Pero después descubrimos que tenía montones de cosas escondidas en rincones de la casa. Encontramos prendas de ropa, medias, pantalones, remeras, calzoncillos. Claro, se ve que no solo se colaba en los jardines, sino que, no sabemos cómo, también se metía en los patios.

Y la gente habla, vos lo sabrás bien. Acá, tanto Elba como yo, hemos sido siempre gente de bien, decente, católica. ¿Vos te pensás que eso importó? ¿Que sirvió para algo? Basta con que a un viejo infeliz le falte una manzana para que a los dos minutos todo el barrio te tilde de ladrón. Parece que alguien lo vio al Toby saltando una tapia o robando no sé qué, y fue y

lo comentó en el almacén. Uno lo escuchó ahí y se fue para la carnicería o la verdulería o el vivero y se lo dijo a otro y así. De un día para el otro nos miraban con desconfianza. Nos espiaban cuando salíamos de casa, comentaban cosas por detrás de nosotros. Yo tardé en darme cuenta de lo que pasaba, primero porque no puedo vivir pendiente de qué cosa hace o deja de hacer el perro y segundo porque nadie me decía nada en la cara; ni a mí ni a Elba. Y así fue hasta un día en que me di cuenta que la cosa estaba mal en serio. Un domingo.

Con Elba, históricamente, desde que formalizamos nuestra pareja, pero incluso también antes que eso, desde que éramos chicos y cada uno vivía en su casa, que los domingos nos levantamos temprano, nos bañamos, nos cambiamos y vamos a misa. Pero siempre, ¿eh? Creo que la única vez que faltamos fue un verano en Mar del Plata que Elba se insoló y no se pudo levantar de la cama. Lo lindo de ir a la iglesia antes de empezar la ceremonia, al menos acá en la parroquia del barrio y con el padre Miguel, es que te podés confesar ahí mismo. Lo que suele pasar en otros lugares, en cambio, es que solo te confiesan de lunes a viernes. Así que esa mañana me arrodillé en el confesionario, me confesé, el padre Miguel me mandó a rezar los ave maría de siempre y cuando me levanto para irme me dice: “Che Raúl, tené cuidado con el Toby”. Vos te imaginarás mi reacción, me quedé duro, porque claro,

estaba ahí en la casa de Dios, el sacerdote me habló a mí personalmente, incluso llamándome por mi nombre y me dice que tenga cuidado con el perro. Lo primero que pensé es que el Toby espichaba. Para peor, se me cruzó por la cabeza que si me lo estaba diciendo el padre Miguel era seguro que el Toby se iba al cielo y me dio bronca, qué querés que te diga, porque al final uno se pasa la vida tratando de hacer las cosas bien para acceder al edén y un perro de mierda que no trae más que quilombos, ya tiene el pase asegurado. Pero no, nada que ver. Al ver mi cara, el padre me dice: “Los vecinos están medio enojados, fijate de encarrilarlo y si no podés, vos sabés que siempre lo podés traer acá.” Eso me dijo. Y yo no podía reaccionar porque me agarró completamente desprevenido, así que le dije que sí con la cabeza y me fui todo pensativo, tratando de descifrar qué mierda era lo que me había querido decir y si todo eso no era una señal de Dios. Pero no hizo falta darle mucha vuelta y la cosa quedó clarísima al rato, cuando cruzamos a los Ferro, una familia de cuatro que vive del otro lado de la plaza. Lo saludo a Edgardo, el padre de familia, muy cordialmente como es mi costumbre y me enseñó mi padre, y el tipo en vez de devolverme una sonrisa o un gesto más o menos amable, me acerca la boca al oído y me dice que si lo agarra al Toby saltando su tapia le mete un escopetazo y después me prende fuego la casa, que estoy avisado.

Creo que a partir de ese momento las cosas empiezan a escalar más y más porque se rompe esa acoso silencioso del que éramos víctimas y, a la vez, porque el Toby ya se presenta como un problema más general y no solo mío. Ahí es cuando todo se va un poco a la mierda por varias razones. Primero que nada, el Toby se había puesto grandote físicamente, calculé que me sacaba una cabeza de estatura y eso que no tenía todavía ni quince años, así que domarlo ya se me complicaba bastante. Y, si te soy sincero, un poco de miedo también me daba. Además, quizás por ese mismo crecimiento bestial, las “travesuras” se volvieron más y más graves. Ya no robaba frutas, plantas o ropa colgada en patios y jardines, sino que algunas noches también se metía en casas y robaba las cosas que roban los ladrones: plata, cosas electrónicas, joyas.

Como todos sabían bien quién era el culpable y dónde vivía, la casa se nos llenó de vecinos tocando el timbre a toda hora, gritando en la puerta, amenazando a Elba cuando hacía las compras, tirando piedras a las ventanas, forcejeando las cerraduras a la noche. Te digo más, una mañana encontramos una gallina sin cabeza tirada en el jardín así que hasta con magia negra nos hostigaron. A todo esto, por esos días nos enteramos que Toby ya no actuaba solo, sino que, aparentemente y como él mismo alardeaba en casa, pero no habíamos atendido, era el líder de una mana-

da de perros delincuentes. La pesadilla de cualquier padre, una manga de pendejos drogadictos. Las cosas se nos habían ido de las manos.

Elba andaba muy angustiada, y por más que yo le recordaba todo el tiempo que esto era culpa suya y que yo jamás había querido tener a ese perro de mierda adentro de la casa, dejame decirte que en el fondo yo también tenía cierta responsabilidad por haberme encariñado con el animal y no haberme puesto lo estricto que hubiera debido a la hora de educarlo. ¿Vos te pensás que no traté de acercarlo a la iglesia? El problema con el Toby es que era una fiera indomable. Escupía las cruces y despedazaba estampitas.

Y nosotros, mirá, yo te voy a decir una cosa y grabátela a fuego, nosotros somos gente paciente y piadosa porque fuimos criados en la misericordia y el perdón, pero tenemos un límite. Todos tienen un límite. Y la gota que rebalsó el vaso fue cuando ya no nos dejaron entrar a la iglesia. Un buen domingo llegamos a la parroquia y en la puerta había un cordón de vecinos tapando la entrada. Apenas nos vieron llegar empezaron a los gritos con amenazas e insultos. Con Elba nos miramos y no me olvido más del miedo que tenía esa mujer en los ojos. Parecían, no sé, esas hienas muertas de hambre que babea cuando ven a la presa, ¿viste? Yo pensé que nos mataban ese día porque era como si una cuerda invisible los tuviera

atados y les impidiera correr hacia donde estábamos y molernos a palos, pero una cuerda tan finita que, si nos acercábamos de más, parecía que se deshilachaba y los liberaba. De esa montonera furiosa salió el padre Miguel a decirnos que ya no éramos bienvenidos en la parroquia. A nosotros, ¿vos te imaginás?

Así que así fue. Esa misma mañana volvimos a casa, nerviosos y angustiados, tomamos la decisión de sacrificarlo. Después aproveché que Toby dormía y saqué el veneno para ratas del fondo de la alacena. Agarré un vaso, lo llené de agua y le tiré medio frasco del polvo. Elba me miró, asintió y se fue a encerrar al baño. Recién ahí me metí en la habitación de Damián, lo desperté y le ofrecí el vaso de agua, que se lo tomó de un trago mientras me escuchaba contarle la historia de cuando yo era chico y a mi viejo no le quedó otra que sacrificar al Toby por cagar en el jardín de los vecinos.

Pulgones

De la invasión de la huerta se enteró después, a primera hora de la mañana siguiente, cuando salió al patio a mirar el tomate.

La señal definitiva fueron las hormigas que deambulaban alegres por el tallo. Años atrás, los primeros indicios de la primavera hubiesen bastado para tomar precauciones. Sin embargo, ahora se sentía un idiota.

El hombre rezongó, fastidioso, y se arrodilló con dificultad. Su pantalón negro se enterró en la humedad de la tierra revuelta. Acompañó con la mirada el camino de las hormigas. Un ejército corría sobre las ramas del tomate, como un líquido viscoso que se derramaba, inevitable, hacia la raíz.

No era un buen presagio.

Los huevos —había explicado Matilde mil veces—. El problema son los huevos. En primavera, llegan los pulgones alados y se pegan a las nervaduras. Ponen huevos y se esparcen por las hojas. De chico, a Martín le daba gracia la forma en que Matilde juntaba los dedos para señalar los microscópicos huevitos de pulgón. Entonces —seguía—, las hormigas orde-

ñan los parásitos y extraen el almíbar que estos segregan; a más hormigas, más avanzada la plaga del pulgón. Por eso había que estar atento a las hormigas.

Décadas cuidando la huerta y jamás le había sucedido a ella semejante cosa. Porque si algo se podía decir de Matilde es que era meticulosa. Con los bichitos es una guerra, decía, y además blanqueaba los ojos y apoyaba las manos en la cintura, poniéndose seria. Llueva, nieve o truene, hay que salir a limpiar los tallos; un día que les das de ventaja, y al otro ya se comen la planta. Así que salía al patio todas las mañanas, sin falta de una. Claro que al último ya se le complicaba bastante, pobrecita. Por eso el hombre, de a poco, había ido tomando la iniciativa. “Te prometo que yo la cuido”, le había dicho una mañana que la había visto nerviosa por no poder cargar el balde lleno de agua.

Y ahora este desastre. ¿Qué iba a decir Matilde si lo viera?

El hombre estudió con cuidado el movimiento uniforme de los insectos y tomó una de las hojas en las que se detenían. Sin los lentes era difícil ver, pero supuso que ahí estarían, así que pasó su mano temblorosa por la superficie áspera de la hoja con la presión adecuada como para no lastimarla y, al mismo tiempo, quitar los diminutos huevos que no veía, pero presentía.

Pronto entendió que el proceso no funcionaría con la premura que necesitaba; Matilde podría asomarse por la puerta del patio, de un momento a otro, y advertir en el acto lo crítico de la situación. Aunque tampoco iba a aparecerse sin llamarlo primero. Sola no se iba a levantar. ¿Pero qué le inventaba si le pedía salir al patio y ver los tomates? Sus amados tomates. Maldijo su estupidez. ¿Cómo pudo olvidar algo tan importante como la llegada de la primavera?

Entonces le pareció que retirar las hojas afectadas podría ser una buena idea.

La tijera de podar reposaba en el pasto, no muy lejos de él. La distancia era de unos pocos metros, pero la fragilidad de sus huesos la volvía considerable. Para peor, una vez arrodillado o sentado, ponerse de pie generalmente costaba el doble. Miró de nuevo la tijera y se miró los pantalones. ¿Qué hacía así vestido? Tenía la sensación de que no era momento de renegar con la huerta; de que había algo más importante que hacer. ¿Pero qué? Recordó de nuevo las plantas y sus hojas perforadas. Qué pena, cómo se pondría Matilde si viera así el tomate, tan venido abajo. Entonces decidió que arrastrarse un poquito no podía ser tan grave. Torció el hombro de forma tal que su pecho se recostara sobre el suelo y, desde ahí, estiró la mano en toda su extensión para comenzar un paciente proceso de lenta fricción entre la cadera y el barro, que transportaría su cuerpo hasta la tijera.

Tocaron el timbre.

Cuando recién instalado —recordó—, el ruido era insoportable. Pero, ahora, el tiempo había disminuido gradualmente el sonido y lo había convertido en un ligero graznido apenas perceptible desde el patio. A pesar de oírlo fuerte y claro, decidió no responder.

Igual Martín tiene llave, pensó.

La posibilidad de que su hijo descubriese el tomate infectado se traducía en el riesgo potencial de que Matilde se enterase también. Debía apurarse, y eso a su edad requería ciertos sacrificios.

Tomó la tijera, recorrió desde el suelo las hojas enfermas cercanas a la raíz, y cortó sus tallos.

Timbre de nuevo. Esta vez, con aguda insistencia.

Resopló. ¿Quién se iba a prender así del botón? Pensó que mejor iba a atender, no fuera cosa de que el escándalo alertara a la gente del barrio y después le fueran con el chisme a Matilde. En medio del patio había un enorme tendedero que él mismo había clavado en la tierra hacía muchos años. Le pareció que ese mástil de hierro podía servir para levantarse. Giró en el barro con el tórax y se deslizó hacia él, lentamente. Era un proceso trabajoso, pero que valía la pena con tal que no lo descubrieran. Matilde había ideado y cuidado esa huerta desde el principio de todo, cuando no había paredes y era todo patio. Mucho antes de

Martín y de Elena. Mientras haya huerta, siempre habrá comida, repetía Matilde una y otra vez. Por eso era importante. Porque siempre tiene que haber comida.

Y ahora el tomate estaba arruinado.

Una vez alcanzado el tendedero, se colgó del tubo de hierro y abandonó en cámara lenta el patio. Llegó al comedor tras una larga marcha, ayudado por el silencioso soporte de los muebles. Se asomó con timidez por la ventana, y su intento por ocultarse de quien sea que estuviese fuera, falló al golpear torpemente la persiana.

—¿Cómo le va, Don Rubén? —dijeron del otro de la ventana. Era Adrián, el vecino insufrible de dos casas abajo.

—Bien, bien —dijo el hombre refunfuñando—. ¿Qué le hace falta?

El extraño lo observó como con curiosidad.

—Le quiero cambiar un frasquito de miel por unos tomates. ¿Será posible?

—No hay tomates todavía —dijo Rubén en tono seco.

Adrián no pareció convencerse.

—¿Está solo? —dijo, y un escalofrío estremeció los huesos del hombre. Adrián estiró el cuello, como para espiar por la ventana.

—Estoy ocupado ahora —respondió seco—. Déjeme en paz, por favor, que tengo cosas que hacer.

Adrián insistió.

—¿Qué le pasó en la camisa, Don Rubén? Tan blanquita que parecía.

El hombre lanzó un gruñido y miró de reojo el pasillo que venía de la habitación. No detectó movimiento. Sin decir nada más, se alejó de la ventana e inició de nuevo el paciente regreso al patio. Afuera, trazos tornasolados anunciaban la caída de la tarde.

Miró la planta desde arriba y confirmó el desastre: la plaga era irrefrenable. En un intento por rescatar los tomates sanos, se tomó con la mano izquierda del tronco principal, mientras con la derecha cortaba las ramas con fruto. Un grupo de hormigas coloradas trepó por su mano de apoyo. La sacudió con desesperación, pero no pudo evitar la picadura. El dolor lo llenó de rabia y frustración. Qué diría Matilde si lo viera ahora mismo. Qué diría si saliera del dormitorio, atravesara la casa y lo mirara desde el marco de la puerta del patio, con esa expresión mezcla de reproche y decepción que ponía cuando se enojaba.

Furioso, pateó frenético la tierra húmeda con sus zapatos negros, en la infantil ilusión de exterminar así a los insectos. Con pequeños saltos, descargó su ira sobre la superficie irrigada del patio y luego, con la tijera, cortó aleatoriamente las ramas del tomate, una atrás de otra. Pero eso no fue suficiente; pisoteó canteros, pateó tallos y arrancó hojas mien-

tras la tijera podaba al azar. Bolas negras cargadas de barro le salpicaron la ropa y la cara, cuando, en un último descargo de cólera, cayó despatarrado sobre la huerta de cara a la tierra mojada, justo cuando su hijo atravesaba la puerta del patio.

En silencio, Martín ayudó a su padre a levantarse y lo acompañó hacia adentro, tomándolo con suavidad del brazo.

—Nos vamos a tener que bañar de nuevo, Pá—le dijo con dulzura—. La ceremonia empieza en media hora.

Rubén asintió infantilmente y, no sin esfuerzo, atravesó el largo pasillo que conectaba el comedor con el baño, tomándose de los muebles. Se detuvo en la puerta del dormitorio y se asomó con expectativa, pero lo encontró tal y como estaba desde el día anterior: silencioso y vacío. La mano de Martín se apoyó apenas sobre su hombro.

Después se dejó conducir al baño y se miró al espejo. Decidió que, además de la ducha, iba a afeitarse y a ponerse ese moñito azul y negro que a Matilde tanto le gustaba porque iba bien con cualquier cosa. Qué buen mozo mi Rubencito, le iba a decir, y ni se iba a acordar de preguntarle por la huerta.

Diez, doce

En el fondo, yo siempre había sospechado que este día llegaría. Y lo curioso no es que sea en el pasillo de policiales de la librería, sino que en las manos tengas un libro de Chesterton. Recuerdo alguna vez haberte preguntado por qué no lo leías: “¿Porque es católico?”. “No lo leo porque es inglés”, me dijiste, levantando una ceja burlona y simulando un refinado acento británico. Después te reíste con toda la cara cerrando fuerte los ojos y te llevaste una mano al estómago como en las historietas viejas. Los dos reímos. En ese tiempo, se te formaban dos hoyuelos a los costados de la boca.

Más tarde, vos dirás: “Qué sorpresa verte acá, pensé que seguías en Barcelona”. Y yo responderé que sí, que era una sorpresa para mí también, que no volvía seguido a Buenos Aires. Callaré, sin embargo, el presagio de cruzar la puerta y recordar cuánto te gustaba venir a esta librería, y hasta ocultaré la sorpresa de pensar que, quizás, algo en mí me había empujado hasta acá.

Pero ahora espío tus manos que revuelven las páginas y miro las mías. Absorbo el tiempo. No soy de gran memoria, pero practico un número. ¿Cuánto? ¿Diez años? ¿Doce? Justo parece que algo de lo

que lees no te convence, porque arrugás la cara y las cejas se juntan en donde empieza la nariz. Desde donde estoy, adivino que pronto vas a apretar los labios y a poner tu cara más seria, esa que —yo decía— era cara de pato. Cada vez que te encontraba haciendo ese gesto, me acercaba y te sorprendía con un beso en la boca ¿Te acordás? Pero en vez de eso, levantás una ceja y arrugás el entrecejo en una expresión dura que no conocía. Una que habrás adoptado con los años.

“Qué suerte que la encontraste”, me dirás luego, “porque antes estaba en avenida Santa Fe, pero hace poco se mudaron para acá, para Corrientes”. “Sí, ha sido una suerte”, diré yo, balbuceando como un idiota, y me quedaré mudo. Para entonces, ya estaré perdido en un mar de cálculos y especulaciones.

¿Cómo puede ser que los años no te cambiaran, Bianca? Debajo de tus pómulos hay una sombra pardusca, como gastada, y una línea irregular y oscura se te dibuja en medio de la frente. Pero aparte de eso, sos la misma. Te reconocería entre miles.

Tomo un libro y finjo leer la sinopsis. La luz amarilla del lugar rebota en la contratapa negra y observo el reflejo de mi barba de mechadas blancas. Debajo de mis párpados hay dos ojeras amoratadas. Tengo el pelo desordenado; entre una cosa y otra, hoy salí apurado y apenas si tuve tiempo para nada. Me veo cansado por entre las letras doradas de la contratapa.

Debe ser por el ritmo de los últimos días. Enseguida decido escapar, no quiero que me veas así, todo viejo y decrepito. Devuelvo el libro a la estantería, agacho la cabeza y camino despacio detrás tuyo.

Entonces veo la imagen completa y me quedo duro en medio de las mesas de saldos: no estás sola.

A mi alrededor la gente deambula y revuelve libros y lee contratapas. Alguien se disculpa y me empuja con la mano para pasar al otro lado. Pero el mundo se ha detenido, Bianca.

“Qué bueno verte”, dirás después de las coincidencias, y habrá un silencio en donde sacaré los ojos de él para escarbar en los tuyos buscando quién sabe qué. Pero los encontraré sinceros, Bianca. Sinceros, como si la palabra “bueno” escondiera otras razones o significara algo más que la casualidad del encuentro. “Mi madre ha muerto”, responderé luego, cuando me preguntes que qué hago acá después de tanto tiempo. “Pero yo estoy bien”, agregaré y se me escapará un silencio innecesario. “Hacía mucho que no la veía”. Y no podré evitar desviar la vista al suelo después, cuando te diga: “Quizás tendría que haber venido más seguido”.

A tu lado hay un niño de pelo marrón y piernas largas; y ahora cerrarás el libro de Chesterton y levantarás la vista y te encontrarás con mi sorpresa. El niño carga una mochila celeste que imagino llena de libros. Me

pregunto qué edad tiene, como si no la hubiera adivinado ya. Entre diez y doce. Me saludás con mesura, Bianca, tenés hasta esa decencia. Arqueás la espalda. Luego la mano en mi hombro y tu mejilla sobre la mía. El niño no gira. En cambio, no deja de revolver en la mesa de saldos. Mis movimientos se reducen a los de un robot sin articulaciones.

“Él es Nahuel”, vas a decir casi al último, “mi hijo”. Después, habrá una pausa larga, demasiado larga, y revisarás mis ojos como esperando de mí algo que no podré darte porque no diré nada. Nahuel me observará desinteresado, y yo me hundiré en sus rasgos de miniatura. Te voy a mirar de nuevo y a practicar un reproche hipócrita que felizmente callaré. Porque podría ser, Bianca. Claro que podría, pero qué sé yo. Entonces querré escupir una mentira: no he pensado en vos una sola vez desde que escapé de Buenos Aires; pero mi boca, en cambio, deslizará un saludo árido. “Hola Nahuel, es un placer”, y haré una reverencia estúpida, inclinando el cuerpo y moviendo exageradamente las manos.

Para cuando te despidas por última vez, todavía no me habré recuperado. “Lamento lo de tu madre”, dirás con honestidad. Antes de tomar de la mano al niño y atravesar la puerta de la librería, sonreirás, y dos diminutos pozos se marcarán en las orillas de tu boca.

Las dos orillas

Después, hubo un silencio afónico.

En el pasillo vacío, sus cuerpos clavados al piso espejado de la sala de espera se encadenaban a una gravedad irremediable. La distancia que separaba las manos temblorosas del hombre, de las otras encajadas en la palidez indolente del uniforme, había sido la misma desde el comienzo. Pero ahora, después de que la palabra asfixiara la noche, el espacio entre ellos se había inflado como un globo infinito que se ensancha y empuja las cosas. Por el blanco mutismo del corredor, el lejano eco de una tos había rebotado y había llegado hasta la abúlica fila de sillas en la cual el hombre, hasta recién, había aguardado en soledad. Hubo un estupor y el recuerdo de una premonición: esquirlas nacidas del estallido de un cristal delantero, que volaban desperdigadas alrededor de una corbata azul y se hundían en la carne de otro hombre. Luego, dos brazos se habían estirado en cámara lenta por encima de un rostro fraterno, y el surco marrón de una vieja cicatriz, entre el pulgar y el índice de la mano derecha, se había perdido en el quejido de la noche.

Hubo un barbijo que caía a la altura del cuello y una mueca demolida.

Una tranquera mal cerrada.

Y hubo también una mañana plateada en la que él era el mayor de tres hermanos. El sol acariciaba los hombros y encendía el campo. Mientras todos dormían, él y el del medio habían atravesado corriendo el comedor y atropellado la mesa con el mantel de hule que una madre, prolijamente, había acomodado. Luego habían salido disparados por la puerta que se abría a la inmensidad verdosa de la quinta.

“Señor”, llamó la boca liberada de barbijo, y él, ya un hombre, pensó en cómo el círculo dorado de luz que brillaba del otro lado de la esquina había crecido a través del cristal. Pensó también en la mano que acariciaba el frío del volante y en la torpeza del apuro. En las mesas que se atropellan y en los manteles en el suelo. Luego recordó al de la marca entre el pulgar y el índice, que salía eyectado al vacío de la noche a través del parabrisas del auto azul. “Señor”, repitió la voz, y una mano se apoyó sobre su hombro en el gesto inconfundible, la caricia de la lástima. Era una mano de hospital, fría y seca. Apática. La mala noticia infestó la sala por segunda vez y, de nuevo, una avenida oscura y desierta, un grito estéril que estrangulaba el silencio... Y respirar, pero no aire, sino un chorro de arena.

Los hermanos corrieron, como lo hacían siempre, por el parque de la quinta. Saludaron a los caballos que pastaban en las parcelas, escucharon el mugir de las vacas y se asomaron por los agujeros nauseabundos del gallinero. Después desataron los restos del alambre corroído que aseguraba la tranquera y la atravesaron, mientras oían de lejos el vigor del río que esa mañana golpeaba las piedras con un furor distinto.

“Tiene que firmar acá”, le dijo el hombre del barbijo en el cuello. O quizás solo señaló la esquina inferior derecha de un formulario que se enganchaba en una lámina de cartón grueso para que se pudiera firmar en el aire. El hombre creyó distinguir en la superficie del cartón la huella de otras firmas, sombras lánguidas de noches como esa.

Los hermanos nadaron en la peligrosidad del agua dulce que cargaba la lluvia de semanas anteriores y ramas de árboles que habían caído sin resistencia. Recién cuando apareció el tercero, abriéndose paso entre los matorrales con sus diminutas manos, los hermanos que jugaban en el agua gritaron. El pequeño, que apenas si caminaba, los había perseguido por la enormidad de la quinta y ahora se paraba al borde de la violencia del río. Los del agua intentaron un caótico regreso a la orilla; sus brazos golpearon, nerviosos, una y otra vez, el caudal indomable, y sal-

picaron el aire con un rocío anubarrado. El del medio luchó, convulsionado, contra la corriente que lo arrastraba sin tregua. En el esfuerzo, su mano —justo en donde la carne que une el pulgar con el índice formaría después una cicatriz amarronada— quedó atrapada entre un tronco acarreado por la corriente y una piedra del río, el tiempo suficiente para que el mayor dudara si ir por uno o el otro, mientras el niño de la orilla resbalaba y caía a lo inevitable, y el mundo se ahogaba en la fatalidad de la mano en el hombro, las malas noticias, las habitaciones silenciosas y la lágrima de madre.

“¿Quién cerró mal la tranquera?” le preguntó el hombre de traje que había reemplazado a la boca sin barbijo. “No sé”, respondió el niño a su madre. “Cuando crucé, la luz estaba en amarillo”.

Corrientes y Esmeralda

I

Siempre que Fabián esperaba bajo el cartel de la intersección, hurgaba en los bolsillos de la vieja campera de cuero. Alguna vez, la enorme estampa de un águila dorada había cubierto la espalda, pero ahora apenas si habían quedado unas pocas manchas amarillas donde antes estaban las alas.

Nubes grises cubrían la noche y corría una brisa invernal. Sacó una mano del bolsillo y se llevó un cigarrillo a la boca; el frío lo hizo tiritar. Era el tercero de esa noche. Intentó concluir un número semanal o mensual. Se preguntó cuánto tabaco habría consumido en los últimos años. Resolvió un cálculo absurdo, improbable. Le bastó reconocer que la muerte debía de haber llegado hacía rato. Pero no llegaba y, en cambio, las noches transcurrían en una silenciosa monotonía de sombras clandestinas, tabaco y espera.

Ya casi era hora.

Examinó fascinado cómo los colores se confundían en el horizonte de la calle Corrientes y recordó otra muy distinta. Una llena de gente que apuraba el

paso y miraba desconfiada por encima del hombro. Si se esforzaba, hasta creía escuchar las sirenas, las bombas, los soldados. La de estudiante solía ser una ocupación peligrosa y perseguida. Por eso, buscaba a Ivana por la facultad de Filosofía cada día después de clases y la acompañaba a su casa (si era martes o jueves), o a las reuniones del comité (si era lunes, miércoles o viernes). Las tardes de junta revolucionaria la ubicación podía variar, pero en general transcurrían en el departamento de uno de los militantes, en Maipú y Corrientes.

Enseguida aparecieron detrás de los carteles, enredados en un abrazo exagerado que parecía envolverlos por completo. Ivana y su amante de siempre, el de la deformidad violeta en la base del cuello. Ivana y su pelo negro y lacio recién planchado que se recostaba sobre el hombro izquierdo del hombre. Ivana y el esplendor de su gesto en noches como esta. Verlos no le produjo nada nuevo; una pasajera puntada en el pecho, un sudor helado atrás del cuello. Hacía rato que su mundo había comenzado a derrumbarse con la paciencia de los castillos de arena. Fabián pensó que, contra todos los pronósticos, los años no habían acercado ninguna forma del olvido.

Ahora el tiempo le había enseñado a ser discreto y cuidadoso, pero esas lejanas tardes Fabián extremaba las precauciones. Nunca la despedía en la puerta

del edificio sin antes dar varias vueltas a la manzana y estudiar el movimiento de la calle, la gente y los autos. Memorizaba las patentes y desconfiaba de los hombres con lentes de sol. No exageres, reprochaba a veces Ivana y entonces Fabián mentía y contestaba que, en realidad, las personas que no mostraban los ojos nunca le habían gustado. El clima social se había espesado. En habitaciones y comedores que daban a la calle, la gente hablaba en susurros, y de madrugada se espiaba a los vecinos por las hendijas de las cerraduras. Fabián la esperaba las horas que fueran necesarias. Solía retirarse hasta la avenida y fumar un cigarrillo atrás de otro hasta que la reunión terminara. Después la escoltaba hasta su departamento y se conformaba con un beso en la mejilla y una mano sobre la espalda. Por aquellos años, Ivana estaba enamorada de su novio Carlos, un activista montonero.

Los observó caminar por Corrientes desde la vereda del frente. Se movían con gracia entre marquesinas y carteleras que por momentos los ocultaban y por momentos los iluminaban con fluorescentes rojos, azules y verdes. Había un gesto de suficiencia en ellos, en su andar, que Fabián entendía como felicidad.

A fines del 75, ya se oía el golpe.

No podemos hacer nada, Fabián ¿Qué vamos a hacer nosotros? Esto es parte de la transición in-

terna que el peronismo mismo tiene que vivir. Nosotros vamos a seguir con la agenda que tenemos. ¿Vos no estarás anotando nada de lo que hablamos, no? Carlos dice que no podemos tener nada que nos vincule al grupo o que pueda comprometer a algún compañero. Y yo por ahí hago mal en contarte estas cosas, pero confío en vos más que en nadie. Se vienen tiempos difíciles.

Permaneció en silencio en la esquina para cerrar su miserable ritual nocturno de observarlos hasta que se perdieran de vista en el mar de gente. Entonces algo cambió. Esa marcha dulce y pausada de los amantes mutó inesperadamente en una creciente carrera. Ahora aceleraban el paso y casi que trotaban por la avenida empujando gente a los manotazos. No habían terminado de cruzar Esmeralda cuando se largaron a correr. Fabián se replegó en la sombra de su esquina para no ser descubierto, pero en cuanto se alejaron, aplastó el cigarrillo contra el pavimento con la suela de su zapato y los siguió.

Entonces recordó, con esa natural rareza que tiene la memoria de ser esquiva y mentirosa, cómo los tiempos efectivamente se volvieron difíciles, de una vez y para siempre.

II

—Hay gente, Fabián, que se ríe de cualquier pelotudez.... Vos me entendés lo que te quiero decir. No estoy hablando de los de risa genuina, que apenas sienten el calor en el pecho largan la carcajada y no les calienta si el chiste estuvo bueno o no. Estoy hablando de los que se ríen por contagio y a veces ni escucharon la joda. ¿Me seguís? —cuando hablaba, Carlos era efusivo y movía las manos—. Incluso suele pasar que estos hijos de puta se ríen mejor que los otros, con una carcajada más perfecta, con más estilo. ¿No te parece paradójico? No saben de qué mierda se ríen, pero les sale bárbaro.

Carlos deambulaba por la habitación mientras vomitaba su discurso. Le ofrecía la espalda —Fabián sospechaba que para darse importancia—, y cada tanto se paraba en la ventana, y giraba como buscando la aprobación de Fabián, que esperaba sentado en la única silla del lugar, con sus manos apoyadas en la única mesa, fumando el último cigarrillo del paquete. Afuera, la brisa. El verano revolvía las copas de los árboles y la ventana devolvía el murmullo. Un rayo de sol se colaba por la puerta y partía al medio la sala en el segundo piso de la casa de campo.

—Uno en la vida tiene que elegir quién de los dos quiere ser. ¿No te parece? La realidad te pone un cuchillo en las pelotas y te pregunta al oído quién querés ser mañana, Fabián, y cada vez que le errás te entierra un poquito la hoja. ¿Me entendés?

Fabián entendía, claro que entendía. Movía la cabeza de cuando en cuando para demostrar que seguía el razonamiento. Intentaba mostrarse interesado, aunque no siempre lo lograba. A veces lo distraía el extraño reflejo que el sol producía sobre la verruga en el cuello de Carlos.

—Pero hoy no podemos andar en diferencias retóricas. Se nos viene un quilombo grande, Fabián, y los vamos a necesitar a todos. A la larga, llega el momento en donde hay que dejar de lado la teoría y salir al frente, tomar las armas. ¿No? No me mirés así, Fabián, no te voy a pedir que pongas una bomba. Cada uno tiene un rol en todo esto, lo quiera o no.

Carlos arqueó las cejas para subrayar la pausa, de una forma que a Fabián le resultó cómica. Luego siguió:

—Yo sé que vos nunca quisiste formar parte, pero acá estás, papá, y cuando revienta esta tensión de mierda que hay en el aire, vas a tener que elegir. ¿Entendés? Sabés bien quiénes somos, dónde nos reunimos, cuándo, a qué hora. Nos conoces a todos y estás al tanto de todo. Así que te van a venir a buscar. ¿Te das cuenta? Te van a agarrar y te van a pregun-

tar por mí, por nosotros. No tenés ni puta idea del quilombo que se va a armar, Fabián. Yo le advertí a Ivana que esto iba a pasar, que tarde o temprano ibas a estar hasta los huevos y no te ibas a poder despegar de nosotros, y ese momento llegó Fabián, lo que viste y escuchaste ya no tiene vuelta atrás, estás pegado.

Fabián tenía la mirada perdida. Su horizonte era la espesa ceniza que coronaba el cigarrillo. No se atrevía a contradecir, más por aburrimiento que por miedo. No tenía ganas de estar ahí.

—¿Qué es lo que querés, Carlos? —dijo.

Carlos hizo un ademán grotesco, como un paso de baile. Entonces giró, lo miró de frente y se estiró sobre la mesa.

—No te puedo pedir que no cantés Fabián, no te puedo pedir fidelidad por la revolución, aunque eso sea lo único capaz de darte libertad. Pero sí puedo tomar cartas en el asunto. Actuar, ¿me entendés? Es lo que nosotros hacemos. Actuar —chasqueó los dedos—, pasar rápido a la acción antes de que se nos sequen las pelotas. Voy a desaparecer un tiempo, nos vamos a dispersar todos, a operar desde afuera. Quiero que la saques a Ivana, que la mantengas al margen esta misma noche. Que estés con ella y la protejas. No se puede enterar de nada más, se tiene que abrir del quilombo. ¿Me seguís? Ese es tu rol, Fabián, asegurarte de que ella se abra. Mantenerla viva...

—Yo no la voy a obligar a hacer nada, Carlos
—lo interrumpió Fabián.

Carlos sonrió.

—Lo vas a hacer, Fabián, lo vas a hacer. Más
por vos que por mí.

III

Encandilada por el brillo fosforescente de Corrientes, Ivana apuraba el paso. La gente que salía del teatro se lo escondía una y otra vez, pero ella estaba segura. Era él. Juraba que era él.

Los talones apenas si tocaban el suelo y parecían flotar sobre el calor del pavimento. Los hombros anchos, el pelo negro que caía desprolijo sobre la espalda, la camisa a cuadros. Lo había visto unas cuadras adelante y desde entonces subía por la avenida casi corriendo, atropellando a los peatones que se le cruzaban.

En noches como esta solía llegar hasta el río para después volver, a veces por Perón, otras por Córdoba pasando por detrás del Luna Park. Era una larga caminata nocturna que se extendía por algunas horas si además agarraba Lavalle y se sentaba en algún banquito de la Plaza Roma.

Carlos amaba esa plaza. En otro tiempo, se les pasarían las horas de la tarde buscando el rincón perfecto en la hierba del parque, a la sombra del enorme ombú. Después se acostarían enredados sobre el pasto a detallar los problemas del mundo y a enunciar las bases de una sociedad mejor. El ombú de la plaza

tenía más de cien años y por la forma en que caían sus mil ramas a Ivana siempre le había parecido más una fuente de agua verde que un árbol. Carlos decía que había algo de romántico en esa presencia centenaria, y que cualquier cosa que haya vivido tantos años debía de tener, al menos, una buena intuición sobre el futuro. Así que de tanto en tanto ponía las manos sobre el tronco y fingía escucharlo. También afirmaba que ese ombú que reinaba la plaza estaría ahí todavía cien años más, mucho tiempo después de ellos.

Por eso Ivana todavía iba a la plaza algunas noches y observaba durante horas lo que quedaba del ombú. El tronco seco que se erguía solitario, ya sin la corona de ramas. El cementerio de raíces podadas que se había condensado con la mugre de la ciudad formando una montañita uniforme en la base del tallo.

Pero hoy no pasaría por la plaza. Hoy tenía un apuro distinto.

Llegó a la esquina de Esmeralda sin darse cuenta, enceguecida por la persecución y las luces. Tanto miedo tenía de perderlo de vista que recién notó el cartel de la intersección cuando la sombra de Fabián apareció por el rabillo de su ojo. Estaba apoyado contra la pared, cuidadosamente recostado sobre el único rincón de la esquina que la luz de la calle no alcanzaba, escondido como un delincuente. Creyó oler a la distancia el vaho sucio de nicotina que el

cuerpo del hombre jamás dejaba de emanar. Imaginó la mancha amarilla en el borde de los dientes. Esa marca que no se iba con nada, y eso que lo habían intentado todo. Había noches en que Ivana rogaba no encontrarlo. Fantaseaba con que, por una vez, él no iba a estar acechándola en su liturgia semanal. Pero Fabián siempre estaba ahí, vigilándola. Invadiéndola. ¿Por qué lo hacía? ¿Para qué? ¿Cuánto le costaba entender que eso era mejor que llevar flores los domingos? Y sin embargo, el silencio. Ese pacto implícito de no nombrar estas noches. De seguir como si nada. Ahora, de repente ya eran treinta años.

El hombre. Ivana recordó al hombre que perseguía y estiró el cuello para buscarlo entre la masa de gente: no se lo veía por ningún lado. Entrecerró los ojos para divisar al menos los cuadros coloridos de la camisa en el resplandor de la avenida, pero no tuvo suerte. Fabián la había distraído. Fabián y su estúpida manía. Fabián y sus miedos que no la dejaban en paz. Fabián, siempre Fabián. Entonces el hombre que seguía surgió de nuevo en medio de los caminantes nocturnos que no dejaban de circular por Corrientes. El pelo negro, quizás la marca en el cuello. No lo veía bien. Pero era él. Estaba segura de que era él.

Ivana empezó a correr.

Las calles se achicaban a su paso desaforado, pero no la distancia que la separaba del hombre. Se

hacía lugar a los empujones y oía lejano el murmullo de los insultos. Se le ocurrió que estaba loca. Pero quiénes eran ellos para juzgarla.

Exhausta y casi a punto de darse por vencida, observó al hombre detenerse en la arcada de un bar que Ivana conocía bien, el de la última reunión. Las palabras de Carlos todavía resonaban en el fondo de su mente: “A veces es mejor esconderse a la vista de todos”.

El hombre de la camisa a cuadros entró al bar. Ivana entró detrás de él.

IV

Se acercan. El eco de los pasos se agiganta. ¿Son pasos? Ya no estoy seguro de nada. Suelen venir como a esta hora. Creo que lo sé, porque cuando me traen de vuelta al pozo los cuento para no volverme loco. Sigo los segundos con los dedos y me mantengo activo. (Diez, once, doce). Alejo los pensamientos por un rato (veinte, veintiuno, veintidós), hasta que pierdo la cuenta.

Acá siempre es de noche porque no hay ventanas, pero ya no me quejo. Me acostumbré al tacto de las paredes y a los sonidos de la penumbra. A veces, algo me dice que ha cambiado el día: un olor diferente o un escalofrío nuevo. Entonces lo marco. Hago una barra en la pared y la rasco con las uñas que todavía no me sacaron. Es un trabajo de horas, a lo mejor hasta de semanas.

Abren la puerta y me ponen algo en la cabeza, algo negro que huele a vómito y lágrimas. No veo nada. Me llevan a la máquina. Me tironean de un brazo y mis piernas, inertes y flácidas, se arrastran inmóviles como cadáveres podridos. Me patean para que me incorpore, pero caigo con el mentón al suelo. Tengo que gatear para llegar. Las puntas de sus botas me hincan el abdomen y los riñones.

Y llegar es frenesí. Es el olor rancio que despiden el limonero justo después del amanecer y el crujir paciente de la parra enredada entre los alambres del patio. Tengo once años y una pelota blanca con parches grises y un arco improvisado entre la higuera y la columna que soporta el techo del vecino. Tengo unos zapatos negros sin lustrar. El aullido del triunfo me raspa la garganta cuando gambeteo una, dos, tres botellas de vidrio y la pelota blanca de parches grises atraviesa el arco y rebota de lleno contra la pared de revoque grueso para salir disparada a la otra punta del patio.

El grito de guerra salpica sus caras sádicas de esclavos sin alma. Ya no sufro. Mi cuerpo lleva tanto tiempo afiebrado que los dolores son ecos que resuenan desde otros cuerpos que se desprenden del mío. Me quitaron todo, hasta el dolor.

Entonces llega mi padre. Enojado, descorre la cortina de hule porque la pelota ha roto un vidrio o porque lo desperté de la siesta. Sus manos enormes y callosas desenfundan el cinto negro que recién le apretaba la cintura, y el pantalón de corderoy cede, pero el golpe es certero, me alcanza el cuello y lo corta en donde se une con los hombros. El estruendo de mi llanto los satisface, o eso parece, porque ya no me preguntan nada. ¿O sí? Ya no les interesa saber si el vidrio fue, efectivamente, alcanzado por la pelota o si es que fue azotado por un fuerte viento sur.

Una súbita picazón me asalta el pie derecho, un ardor tenue que me frunce los dedos. Puede que sea una pinza o el filo de un bisturí que acaricia lo que se esconde entre las uñas y la piel. Sus voces rugen nombres y apellidos y muertes. “Ya hablaron todos”. “Dieron tu nombre, todos, hasta la puta que te cogías”, y mi padre, desencajado con la fusta en la mano, chillando la pregunta que me empujaría al delato: ¿Quién robó los helados del almacén? Y cuando la fusta me alcanza no deja de golpear ni siquiera después de confesar y acusar al resto de los chicos. Entonces la angustia. De nuevo la angustia, irrefrenable, insoportable. ¿Estoy hablando en voz alta o estoy pensando? ¿Canté? ¿Se me escapó algún nombre de los labios? ¿Sigo despierto? Mi voluntad inestable puede haber traicionado a alguien. No confío en mi mente, que ahora es torpe y esquiva. ¿Encontraron a Ivana y se la llevaron a rstras gritándole mi nombre? Me odio por no saber si fui tan imbécil como para hablar o no.

Claro que es mejor la muerte, pero ellos no estuvieron dispuestos a semejante decencia.

V

Fabián empujó el vidrio de la puerta del bar y el olor a desayuno lo sofocó. Adentro no habían pasado los años. La larga barra de mármol, las mesas cuadradas de vidrio, las sillas de madera que no hacían juego. El túnel del tiempo.

La buscó entre las mesas del fondo, pero la encontró en la punta de la barra, sola. Ivana, de tanto en tanto, besaba el pico de una botella de cerveza. Pareció notar el acecho, porque giró la cabeza y le devolvió un gesto desinteresado. Fabián se le acercó. En una de las mesas, un hombre y dos mujeres hablaban a los gritos. Sus portafolios de oficina y sus sacos negros descansaban en las sillas libres. Se turnaban para estirarse sobre la mesa y untar papas en un frasquito de mayonesa. Fabián los veía como se mira a los monos bailar sobre las ramas en las jaulas del zoológico.

Ivana observó a Fabián venir hacia ella y lo notó pequeño entre las paredes de aquel elefante silencioso lleno de recuerdos. Tal vez también vencido. Su boca abierta como la de un chico y su paso torpe sostenido por columnas despintadas y sillas vacías. Le sorprendió sonreír tímidamente. Pensó en qué sería de ellos si las cosas hubieran sido distintas.

Fabián se arrimó a la barra y movió el asiento con una precaución desmedida para evitar el chirrido de las patas. A Ivana le irritaban sus cuidados. La época en que los apreciaba había quedado enterrada en los bostezos de la rutina. Fabián acomodó la campera en un banquito a su derecha. Lo hizo con prolijidad, alineando los hombros. Ivana se asombró de cuánto lo habían perfeccionado los años. Se preguntó qué otras cosas no habría notado.

—¿Qué pasó? —preguntó Fabián en un ronquido, con su voz espesa y entabacada. Después aclaró la garganta. No dejaba de mirar a su alrededor con curiosidad.

—¿Con qué? —dijo ella, que lo miraba sin ver. Detrás de Fabián, en una de las mesas bajas la espalda de una camisa a cuadros distraía sus ojos.

—No sé. Esto, el bar —dijo Fabián—. Hoy no fuiste a casa.

—Hoy no fui a casa...—repitió Ivana sin pensar. El hombre de la camisa a cuadros hablaba con una mujer y movía efusivamente los brazos. Con frecuencia se inclinaba hacia ella. Ivana se percató que el hombre estaba sentado como un chico; había cruzado una de sus piernas sobre la silla y se sentaba encima de ella, mientras la otra caía al suelo. Carlos nunca se sentaría así.

—¿Por qué? —preguntó Fabián—. ¿Pasa algo?

¿O es que ahora va a ser el bar y ya no la plaza?

—¿Hoy nos viste? —preguntó Ivana con la mirada perdida, sin escuchar.

Fabián resopló.

—Los veo todos los días. Hace veintiséis años—dijo.

—Nunca dijiste nada —dijo Ivana y sonó a reproche sin convicción.

—¿Para qué? Quise estar preparado.

—¿Preparado para qué, Fabián? ¡¿Para qué?!

Fabián desvió la mirada al suelo y aclaró de nuevo la garganta.

—Para que un día él vuelva y vos te vayas con él... —hizo una pausa—. Y está bien si así fuera.

Hubo un silencio entre ellos. Ivana no dijo nada y se llevó la botella de cerveza a la boca. Esta vez dio un trago largo, muy largo. El hombre de la camisa a cuadros vació el fondo de su vaso.

—¿Hace cuánto te volviste loco? —preguntó Ivana—. ¿Cómo no me di cuenta ... ?

Fabián no dijo nada. El hombre de la camisa a cuadros tomó la mochila que guardaba debajo de la mesa.

—¿Qué viste? —insistió ella—. ¿Qué ves desde tu esquina?

Fabián buscó sus ojos. Practicó una respuesta que se disolvió rápido en el aire. Luego dijo:

—Un hombre de pelo negro hasta el cuello con un pantalón marrón y una camisa suelta. Una sombra morada en el cuello... Una mujer que todavía lo ama.

Ivana giró por primera vez para mirarlo. Encontró sus ojos húmedos y cansados. Entonces lo vio. Volvió a verlo como se había olvidado de que podía hacerlo. Vio su silueta deslizarse sigilosa por las mañanas, en la oscuridad de la habitación. Lo vio revisar el ropero a ciegas, encontrar una camisa y sentarse en la punta de la cama sin hundir el colchón, casi flotando. Lo vio vestirse en silencio y después recoger sus cosas sin tantear las paredes ni tropezarse con los muebles. Lo vio salir del dormitorio luego de voltear hacia ella y besar el aire que los separaba. Lo vio moverse en la penumbra como si fuera el día. Lo vio iluminar la negrura.

Ivana le tendió los brazos. Fabián hundió el rostro entre los hombros de ella.

—¿Estamos locos? —dijo Ivana como si hablara con ella misma—. Carlos está muerto, Fabián. De otra forma hubiera vuelto. Alguna vez hubiera vuelto. Pero está muerto, ¿entendés?

El hombre de la camisa a cuadros abandonó la mesa junto a la mujer con la que hablaba. Detrás de ellos, dos vasos vacíos quedaron abandonados con la sombra de la espuma todavía burbujeando en la base.

—Está muerto... —dijo Ivana y, con la palma de su mano, atrajo dulcemente hacia su pecho la cabeza de Fabián—. Está muerto —repitió, mientras el hombre de la camisa a cuadros pasaba delante de ellos. Entonces se desataron y pudieron, por fin, verlo de frente y comprobar que en el cuello no había rastro alguno de la marca violeta de una verruga.

Mucho después, cuando el hombre ya había desaparecido de su vista, Fabián e Ivana todavía lo buscaban entre las mesas del café.

Cortar las frutillas

Hernán no pudo contener la tos y se tapó rápido la boca para no romper el silencio de muerte que habitaba la casa. Quedó inmóvil unos segundos, adivinando si había despertado a alguien. No escuchó nada. Con excesivo cuidado dejó el vaso de agua sobre la mesada. Desde donde estaba —frente al ventanal de la cocina— revisó de nuevo la tapia, en el fondo del patio. No había señal de ellos.

Quizá las sombras de la noche le jugaban una mala pasada, aunque pronto se convenció de que no: sus ojos ya surcaban la oscuridad, como un gato.

Chequeó el celular esperando encontrar alguna notificación, pero no había nada, así que volvió a concentrarse en las frutillas desparramadas sobre la tabla de madera.

Ya las había seccionado en mitades, de modo que tomó las primeras cuatro, las acomodó con los dedos, simétricamente una al lado de la otra, apretándolas entre sí para que quedaran firmes y comenzó a cortarlas con el cuchillo. A él le daba lo mismo que los pedazos de frutilla fueran grandes o chicos, pero a July no. A ella le gustaba que la piel de la frutilla se deshilara en la humedad de la

crema, haciéndola más homogénea. Algo que solo se conseguía con un trozado fino. Y, en definitiva, era su cumpleaños, así que la torta debía adaptarse a sus preferencias.

Repitió el proceso con las cuatro siguientes.

El escándalo de unas alarmas llegaba desde lejos. Quizá del barrio de al lado. No podía discernir si eran de autos o de casas. Ahora, sin embargo, se sumaba otra y el ruido, si bien lejano, lo perturbaba. Miró de reojo su celular, pero la pantalla seguía apagada. Sin novedades. Se preguntó a qué casa de la cuadra le tocaría hoy y sus músculos se tensaron.

Tomó otras cuatro del montón de mitades y repitió el proceso.

Pronto sus manos se volvieron completamente rojas, como embadurnadas de sangre, y por la tabla de madera resbalaron escuálidos ríos rosados.

Una luz brilló en el patio. Tal vez el destello que produce la plata al reflejar la luna. Luego algo se movió. Hernán no pudo distinguir qué, así que pegó la cara a la ventana mientras cortaba las frutillas y esperó con impaciencia a que sus ojos se acostumbraran de nuevo a la oscuridad absoluta.

Nada.

Siguió con la vista el contorno del paredón del fondo y los muros donde descansaban las plantas más frondosas. Le costaba ya distinguir las y estable-

cer dónde terminaba una y empezaba otra.

El teléfono vibró y el mensaje de su vecino apareció flotando en medio de la pantalla iluminada: *cuidado que andan por el barrio.*

Se le escapó un grito de dolor. En la distracción, se había rebanado el dedo con el cuchillo. De la incisión brotaba un hilo sangre que ahora se confundía en la tabla con el jugo de las frutillas. Insultó al aire por lo bajo y dejó el cuchillo sobre la mesada, llevándose el dedo a la boca.

Succionó con fuerza para cerrar la herida y caminó hasta el baño. Detrás de la imagen pálida y demacrada que devolvía el espejo, estaba el botiquín. Las ojeras oscuras, huellas de sucesivas noches sin sueño, le sorprendieron. No había notado cuánto había envejecido en los últimos días. Abrió el botiquín y sacó torpemente un poco de gasa, dejando caer una caja de medicamentos. Sus manos no tenían la firmeza de los primeros días. ¿Habrían saltado la tapia mientras no miraba? La idea le erizó los pelos de la nuca. Ojalá todavía quedara alguien a quien llamar. Ojalá no estuviera cada uno por su propia cuenta.

Se vendó rápido el dedo y cuando giró para volver a la cocina se chocó con Vicky, que estaba parada en el marco de la puerta mirándolo fijamente. Ese pijama celeste ya le queda un poco chico, pensó Hernán. La niña agarraba con descuido el cuello de

un oso de peluche. Su pelo lacio, tan negro y largo, le daba un aspecto tétrico.

—¿Qué haces despierta, Vicky?

—¿Ya preparaste todo? —preguntó frotándose los ojos.

Vicky era la única que sabía.

—Estoy en eso —dijo Hernán—. Pero vos anda a acostarte.

—No puedo dormir. Hay mucho ruido.

Su rostro tenía la misma calidez que el de su madre. Siempre calmo y sereno. Ellas tenían el insólito poder de tranquilizarlo en el caos. Hernán sonrió.

—Perdón —dijo—. Te prometo que voy a hacer menos lío.

—El ruido viene de la ventana —dijo Vicky.

Hernán se quedó duro. La ventana de Vicky daba al jardín delantero. Tanto preocuparse por el patio había descuidado el frente. El hecho de que en el pasado hubieran saltado la tapia y entrado por allí, lo había cegado a otras posibilidades y ahora corría con desventaja. Maldijo su estupidez.

Cuando entró a la habitación de Vicky, detectó cómo el movimiento en el jardín se mezclaba con el sonido de las alarmas, ahora multiplicadas. Escuchó pisadas sobre la hierba y murmullos detrás de la persiana. Sacó del cajón el reproductor de música portátil, acostó a la niña y cubrió sus orejas con los auricu-

lares después de seleccionar una canción al azar.

—Te cortaste —dijo Vicky tomando la mano de su padre.

—Sí, pero no es nada. Dormite, vamos. —dijo con apuro.

—Tengo miedo.

Hernán también. Lo meditó unos segundos; luego alzó a la niña y la llevó a la habitación de ellos, en donde July dormía profundamente. La acostó en la cama grande, tomó una de las pastillas del frasco a medio usar que su esposa había dejado sobre la mesa de luz, agarró el vaso de agua que estaba al alcance de su mano y disolvió la mitad de la pastilla en el agua.

—Tomá un poquito. Esto te va a ayudar a dormir.

Vicky lo bebió sin chistar y se tapó con la frazada.

—Hasta mañana pá —dijo Vicky.

—Hasta mañana —dijo Hernán y salió apurado de la habitación.

Un sudor frío le recorría la espalda. Corrió al comedor, se acercó al ventanal que daba al frente, separó las maderas de la persiana y espió.

Disparos esporádicos cortaban el concierto de alarmas.

No había nadie en su jardín, pero sí en el de la casa de al lado. Los murmullos venían de ahí. Eran cuatro. Iban y venían, pisoteando el pasto del vecino,

buscando una forma de entrar a la casa. Uno de ellos tenía una palanca con la que forzaba la puerta. Hernán suspiró aliviado de que no fuera en su casa.

Corrió a buscar el teléfono y le advirtió al viejo de al lado: *están tratando de entrar a tu casa.*

Siguió espionando a través de la persiana y la respuesta no tardó en llegar: *si... los estoy mirando por la ventana. Si salimos los dos juntos, vos de tu casa y yo de la mía, capaz los espantamos.*

Hernán se mantuvo inmóvil, con el celular a la altura de los ojos. No voy a salir, se dijo. No puedo salir. El viejo está solo, yo no. Yo tengo a las chicas. Dios sabe qué harían si las agarran delante de mí. No puedo salir. Viejo de mierda ¿Por qué me quiere involucrar? ¿Qué tengo que ver yo?

El teléfono vibró de nuevo: *avísame cuando estés listo así salimos al mismo tiempo.*

Hernán apagó el celular, temblando, y lo guardó en el bolsillo. Puso el ojo, por última vez, en el hueco de la persiana y lo vio todo. El de la palanca hizo fuerza un poco más hasta que otro se acercó a la puerta y empezó a patearla con violencia, mientras los de atrás esperaban; no mucho después, la puerta hizo un ruido obscuro —como el que haría una naranja al ser aplastada por un martillo— y se abrió de par en par. Entonces los cuatro, uno por uno, entraron en la casa.

Hernán se despegó de la ventana, entre aliviado y mortificado. Ya está, ya eligieron otra casa. Se convenció, de nuevo, de que ayudar al vecino era un suicidio; exhaló hondo y decidió seguir con los preparativos. De la casa de al lado llegaba el eco de la violencia. Muebles que se movían, golpes contra la pared, gritos esporádicos.

Entró de nuevo a la habitación de Vicky y sacó de su ropero las cosas que allí se escondían; las flores, la tarjeta y el sobre.

Tomó uno de los ramos y lo dejó en el jarrón que hacía las veces de centro de la mesa. Luego tomó el segundo ramo —que era solo de rosas—, y comenzó a desparramar los pétalos por el suelo, formando un camino que llevaba a la habitación que compartía con su esposa. Hernán observó por un rato cómo el pecho de la mujer se inflaba y desinflaba con calma, como si alrededor del mundo no se cayera a pedazos. A su lado, Vicky ya dormía.

Salió de nuevo al comedor y dejó el sobre con los pasajes junto al jarrón. La certeza de irse para no volver lo reconfortó. Acomodó la tarjeta, escrita de su puño y letra. July iba a llorar mares cuando viera todo, mañana por la mañana. En especial por los pasajes, que a July le parecían tan lejanos. Hernán aflojó su tensión por primera vez; después de todo, quizás sí sobrevivirían la noche.

El caos del exterior no parecía mermar. Las alarmas, la balacera, los alaridos aislados. El rumor del afuera, retumbaba en la casa. Los últimos días le habían acostumbrado el oído, pero de cuando en cuando caía en cuenta de todo nuevamente.

Volvió a la cocina y tomó el cuchillo, dispuesto a terminar la torta, cuando los vio saltando la tapia. Dejó de contar cuántos eran después de los primeros cinco. Agitaban palos y barras puntiagudas que resplandecían en la oscuridad. Lamentó su ilusión infantil de que la estúpida norma de una casa por cuadra se iba a mantener por siempre. Insultó su distracción con la casa de al lado y el jardín. En el fondo, Hernán siempre lo supo. Lo más lógico era que entraran por el patio, como ya lo habían hecho antes. Era el lugar más accesible. Sin embargo, esta vez no encontrarían una casa vacía.

El pánico lo paralizó. La luz de la cocina resplandecía en la penumbra, y uno de ellos lo vio, parado ahí, al borde de la mesada, con el cuchillo en la mano. El extraño lo amenazó con el palo de hierro. Los otros reían. Hernán no podía moverse.

Reforcé la puerta del patio la última vez, pensó. ¿Cuánto aguantará ahora? Pero los golpes caían ya sobre el marco del portón. Hernán se había convencido de que no les pasaría a ellos. De que esta noche terminarían ilesos.

Sin embargo ahí estaban, forzando la puerta del patio. Eventualmente entrarían, quién sabe lo que harían. Quién sabe lo que harían a las chicas.

Hernán sintió la boca seca, más pastosa que nunca. Escalofríos intermitentes le sacudían el cuerpo.

Hacía unos segundos, los sonidos se dispersaban por el césped del fondo, debajo de la tapia, pero ahora se concentraban todos en un único e inmutable golpe sobre la puerta del patio.

Como un zombi, arrastró los pies hasta la habitación donde su mujer y su hija dormían.

El vidrio que coronaba el marco de la puerta del patio parecía ahora haber cedido, porque el ruido había cambiado. Era más metálico.

Hernán se metió en la habitación y cerró la puerta. Con el cuchillo entre los dientes, le acercó una mesa de luz, a modo de barricada. Pensó en el silencio de muerte de la casa del vecino. Pensó en Vicky y en July. Pensó en su obligación de marido y padre.

Se miró las manos, enrojecidas por el jugo de las frutillas que chorreaba el mango del cuchillo, y escuchó el sonido definitivo de la puerta del patio cediendo. Escuchó, también, los pasos invadiendo la casa. La barra de hierro arrastrarse por el rincón del pasillo. El zumbido implacable de lo irreversible. Las miró dormir profundamente. Vio cómo sus pechos subían y bajaban sincronizados. Frágiles.

Apretó el mango del cuchillo hasta que los pu-
ños dolieron. Las miró por última vez.
Se persignó y avanzó hacia ellas.

Sala de Embarque

Los ojos se le pierden entre los destinos y las banderitas que titilan en la pantalla y Martín resopla. Cada franja dibujada en el televisor es un pinchazo en el pecho. Es gente que se escapa. Detrás del enorme vidriado están los aviones. Cuenta más de diez; gigantescos elefantes en reposo. Algunos se mueven aparatosamente, giran sobre sus colas para alcanzar la pista. No puede verlo, pero si contiene la respiración por un segundo puede escuchar el ronroneo de un motor pronto a despegar. Luces amarillas y rojas interrumpen esporádicamente la opacidad de la noche.

La imagen en la pantalla cambia y nuevas filas aparecen. Otros nombres de ciudades inundan el televisor en letras doradas. Junto a ellos, los horarios. Martín se detiene en el primer destino, el mismo que está impreso en el ticket que guarda en el bolsillo. En rojo, la palabra que lo condena: CANCELADO.

Amontonados alrededor del mostrador detrás de él, los pasajeros se reúnen y discuten entre ellos y con empleados de la aerolínea. Hay un murmullo de descontento que espesa el aire. Una mujer que sostiene con un brazo un carro repleto de valijas y con el

otro a un niño de unos seis años, le grita a una azafata. Gente de traje descubre relojes bajo las mangas de sus camisas y acomoda sus corbatas. Una señora de pelo blanco que se presume víctima de un golpe de calor, se abanica con un panfleto. Niños que corren, padres que persiguen.

Una voz robótica sale del altoparlante y profundiza el malestar. El avión no saldrá hasta mañana. Habrá que pasar la noche en la ciudad, en un hotel provisto por la compañía. Rugidos explotan en los corredores del aeropuerto; la escala de una hora se convierte en una noche de espera. Un joven con el logo de la empresa parchado en el saco se acerca al colérico grupo con papeles en la mano. Martín advierte en él un pulso tembloroso y un sudor incipiente. Intenta decir algo, pero no lo dejan. Los chillidos lo tapan. El joven eleva la voz por sobre la masa y se pone todo rojo. El relieve de las venas se le dibuja en el cuello y escala hacia el entrecejo. Se hace escuchar a duras penas. Lo que trae en la mano son los vouchers para el hotel, dice después. Hay que retirarlos y presentarlos en el lugar, cena incluida.

Martín se acerca esquivando el caos y se acomoda cerca del hombre para recibir el papel plastificado. La gente, rabiosa, no acepta la propuesta. De acá no nos movemos hasta que salga el avión, dicen. Y más vale que salga hoy. Una mano empuja a Martín

y lo retira de la cola. No se va nadie, subraya un hombre amenazándolo con la mirada. Martín retrocede y queda a un costado del mostrador. Allí unas pocas personas aún permanecen ajenas al conflicto, pero Martín solo advierte a una. Una mujer como de su edad —veinticinco, veintiséis años—, abstraída en su teléfono celular.

Martín recuerda a su tío Pablo, el buscavidas de la familia.

A los veintidós, el tío Pablo escapa de la crisis. *Escapa*, ese es el término que se usa en la familia. Un año antes, una arteria revienta en el lóbulo derecho del cerebro de su padre, dejando un reguero de tarjetas en mora y secretos vicios impagos. Los médicos dicen que el estrés ha sido decisivo, pero que además es genético. Así que el tío Pablo decide que hay dos caminos posibles: resignarse a la vida que ha heredado y sobrevivir hasta que llegue la muerte, o *escapar* persiguiendo una diferente. Opta por la segunda y compra un pasaje al lugar más lejano que puede con la plata que le presta su hermana Ana, madre de Martín. Nueva Zelanda. El vuelo más barato que consigue no es directo y hace escala en Los Ángeles, lo cual tiene poco sentido —piensa Martín siempre que repasa la historia—, porque ni siquiera está de camino. El tío Pablo, con las monedas contadas y consciente de que los aeropuertos son los lugares más caros del mundo,

se alimenta a base de caramelos masticables con los que engaña al estómago. Son ocho horas de espera hasta el próximo avión que tiene que tomar, tampoco directo, con escala en Dubai. Camina por los corredores eternos que tienen los aeropuertos y encuentra un rincón justo antes del pasillo que lleva a los baños —él siempre dice recordar, sobre todo, el olor a desinfectante—, ahí amontona sus cosas, que no son muchas —mochila, campera, bolso para la cámara, una guitarra pequeña—, se acuesta sobre el piso con la cabeza en la mochila y duerme. Entonces aparece Denise, que es francesa y habla muy poco inglés. Su frustración por no hacerse entender para comprar el ticket que necesita, llega hasta el tío Pablo, que tampoco es muy fluido en la lengua, pero se defiende. No se sabe bien quién dice la primera palabra porque el tío, además de buscavidas, siempre fue bastante fabulador, pero lo que es seguro es que ahí se conocen. Él la ayuda y olvida su plan de comer solo caramelos. Al rato están conversando y comiendo una hamburguesa en un local de comida rápida. La charla es enredada y no fluye, el idioma la hace difícil. El tío Pablo gesticula bastante y Denise traza con los dedos dibujos invisibles sobre la mesa de plástico. Ella habla de su pueblo, en una localidad que Pablo entiende como del norte pero que, después descubrirá, es del sur de Francia, en donde se produce el mejor queso

del país y hay un hombre que cada mañana deja una tira de pan en la puerta de cada casa. Ella pone los ojos como dos pelotas de fútbol —cuenta siempre el tío— y se ríe cuando lo dice, para ahuyentar el descreimiento. Pablo, que no sabe casi nada de Francia, le pregunta por París. Debe ser muy lindo, dice en su inglés imperfecto, y aunque la oración que arma no tiene mucho sentido, ella algo entiende y niega con las manos. Hace gestos exagerados y le cuenta que a ella París, mucho no le gusta, que los parisinos no saben hacer ni crepes, pero así y todo se creen la gran cosa, y que, además, la capital está llena de gente. Le dice que su lugar preferido solía ser el pueblo en donde había nacido y vivido gran parte de su vida, pero que no sabe cómo será ahora, que lo verá por primera vez tan diferente. Denise lo dice una vez y Pablo, que en principio entiende pero no está seguro de lo que escucha, se lo hace repetir: su padre se ha querido suicidar. Para que quede bien claro, ella hace una seña burda con las manos e imita una pistola, aunque en verdad lo ha intentado con pastillas. Después ella amplía: su madre lo ha abandonado y su padre, depresivo crónico, no puede lidiar con el nuevo estado de las cosas. El tío Pablo no sabe bien qué decir o cómo reaccionar. Denise saca una lapicera y dibuja el árbol genealógico de su núcleo familiar en el paquete de la hamburguesa. No son muchos, dos

hermanas, un hermano, un padre, una madre. La hermana mayor es quien la ha llamado anoche para darle las nuevas y pedirle que interrumpa las vacaciones y vuelva cuanto antes. Nueva York, San Francisco y Los Ángeles, dice Denise, completaban el itinerario. Luego extiende la lapicera y le pide a Pablo que haga lo mismo. Él lo hace y además anota todas las direcciones en las que ha vivido, más su correo electrónico. Devuelve la lapicera y no exige lo mismo, aunque lo espera. Ella corta un trozo del cartón de las papas fritas y escribe su correo. Sonríen mucho, según cuenta el tío, pero no dicen más. Se despiden con un abrazo y toman rumbos distintos. Meses después, el tío Pablo no habrá podido olvidarse de Denise ni de su expresión afable, pero dolida, invertirá todos los dólares que ha ganado sirviendo y limpiando copas, y se irá a Francia, a buscarla. Se quedará allí cuatro años antes de volver, casado y con un hijo a visitar a su madre y a su hermana.

Martín recuerda todo como en un segundo. Un avión con una banda roja en el lomo desaparece en el cielo. Quizás envalentonado ante la esperanza de que encontrar el amor en aeropuertos también sea genético, se acerca a la mujer y le dice algo; algo sin sentido que no ha elaborado lo suficiente. Ella mueve apenas los ojos y lo mira por encima del celular sin mover un solo músculo. No le contesta.

Martín retrocede. Algo en ella lo asusta, aunque también le atrae. Por encima de dos largas pestañas, sobre la frente de la mujer cae un profuso flequillo negro. Martín la estudia de nuevo y descubre que por más que hubiera querido, ella no habría podido escucharlo porque dos pequeños auriculares blancos cubren sus oídos.

El empleado de la aerolínea con los papeles en la mano no ha dejado de discutir con el hervidero de gente que lo asedia sin tregua. Martín no entiende porqué. Se dice que, de haber sido él, hace rato se habría escondido detrás del mostrador. En cambio el joven sigue ahí, con las mejillas rojas y el rostro desfigurado, intentando convencer a los pasajeros para que vayan a relajarse al hotel en vez de estar incómodos en el aeropuerto.

De entre todas las voces que retumban desaforadas en la sala, hay una que se alza por encima de las otras. Es la de un hombre de ojos claros y pelo blanco rasurado bien al ras. Un candado de barba rodea su boca. Desde atrás del grupo, desaprueba a los gritos y hace ademanes exagerados. Tiene la voz áspera de los fumadores, esa que raspa la garganta. En el caos del descontento, hay una suerte de orden. El empleado de la aerolínea dice algo y la masa abuchea por espacio de dos o tres minutos, pero luego hace silencio de nuevo y solo sobreviven murmullos lejanos. De esta

forma, la comunicación, aunque lamentable, sucede. El hombre, sin embargo, es el único que rompe el implícito código que parece ser el último refugio de civilización. De cuando en cuando, el cuello se le hincha y el hombre descansa brevemente para respirar.

De pronto, Martín descubre que es incapaz de oír otra cosa más que el doloroso carraspeo que vomita la garganta del hombre, y cuando sus ojos se cruzan con los del empleado de la aerolínea, le da la impresión de que a aquel joven de estatura mediana y chaleco rojinegro, le pasa lo mismo. Este, que hasta entonces no se había dirigido a nadie de manera individual y que había tratado a los pasajeros como a un todo, ahora da algunos pasos al frente, se acerca al hombre de pelo blanco y lo interpela.

Señor, baje un poco la voz, no sea maleducado, le dice, y sobre el aire caldeado de la sala de embarque, por un momento no vuela una mosca. El silencio es pesado. Martín juega a palparlo con dedos imaginarios, aunque después se le ocurre que también es frágil y que habría que sostenerlo con las manos para que no se quiebre.

No me callo nada, responde el del candado cuando se recupera de la sorpresa y enseguida retoma su insufrible perorata. Una mujer se le suma y pronto el griterío resurge, esta vez con una violencia distinta. El hombre de pelo blanco, más efusivo que antes, mueve las manos y los hombros. La piel debajo

del pescuezo se le inflama como a punto de explotar. Martín piensa que tal vez los sapos tengan un comportamiento similar.

El empleado no recula y levanta la voz por primera vez. Habla de soluciones y de sentido común. Un estruendo de silbidos reprueba sus palabras; la masa de gente protesta. El de la aerolínea sacude la mano y los papeles se agitan a centímetros del rostro del hombre de pelo blanco, que se había acercado a él con actitud amenazante y ahora parece interpretar el gesto del joven como una provocación. Detrás de él, un señor de chaleco marrón y boina gris se lleva la palma al pecho, acaso con sentida indignación, y dice que eso es inaceptable, que a un cliente no se lo puede tratar de esa manera. Esto parece envalentonar al canoso de barba candado, que retira de un manotazo los papeles que flamean delante de sus ojos y empuja levemente al empleado que pierde el equilibrio, tropieza con un bolso, y cae al suelo con la espalda arqueada.

Un gran revuelo sigue a la caída. Dos azafatas de la aerolínea que habían permanecido hasta ahora detrás del mostrador, salen a socorrer a su compañero mientras una tercera levanta el teléfono de su puesto, presumiblemente para llamar a seguridad, porque no tardan en aparecer dos grandotes de uniforme a disolver la escaramuza. El hombre de pelo

blanco se desentiende y aleja del grupo, pero el joven en el suelo, con la cara inyectada de indignación y furia, lo señala y grita, para que los de seguridad no tengan dudas.

Martín se pregunta si debería intervenir. Soy un testigo crucial —se dice—, y resuelve que mejor no; que hay que dar demasiadas explicaciones. Alguien le toca el hombro y él se sobresalta. Es la mujer de antes. Martín se pierde en esos ojos que lo espían. Ella mueve la boca en cámara lenta y Martín estudia sus labios: tienen el color de la sangre. La lengua no se mueve como suelen moverse las lenguas de las personas; en cambio, serpentea en remolinos regulares que acarician las paredes de las mejillas. Lo hipnotizan. Por un momento que dura solo un segundo, Martín cree notar una diminuta llama en la cavidad de la garganta.

Vuelve en sí cuando la mujer repite las palabras. Me parece que es tuyo, dice, y agita un papel con leve indiferencia. Es un ticket de avión. Martín palpa sus bolsillos y se asombra al notarlos vacíos. Se me debe haber volado, piensa. ¿Pero cómo? La mujer resopla como si su cuerpo no pudiese contener la impaciencia que le gustaría ocultar. Él no puede sacarle los ojos de encima. Quiere moverse con gracia, decir algo inteligente, y en cambio está pasmado, con las manos flácidas caídas hacia los costados. Balbucea algo que pretende agradecimiento, pero suena vacío.

Se pierde de nuevo en la mirada de la mujer. Té con leche —dice en voz alta—, té con leche. Asiente con la cabeza y no repara en que está hablando solo. Se le ocurre que los ojos de la mujer son idénticos a los remolinos que se forman al remover el té con leche con la cuchara.

Martín decide que ama a esa mujer y, en la misma cadena de pensamientos, que está bajo los efectos de un trance hipnótico.

Un compañero de la facultad, Andrés, hace poco le ha contado la historia de una tal Marita Suárez. Marita, de figura esbelta y curvas perfectas, sale a bailar cada sábado sin falta. Nunca al mismo boliche, para no levantar sospechas, pero sí con el mismo vestido negro liso, cortado por encima de las rodillas, y una margarita enganchada en la oreja. Andrés decía que era fácil reconocerla porque sus pestañas eran tan largas que siempre una de ellas acariciaba la margarita. Andrés también contaba que Marita no elegía los boliches aleatoriamente, sino que seguía un complejo patrón de comportamiento que podía ser adivinado. Entraba a los boliches, siempre sola, y se sentaba a la barra, donde pedía el mismo trago, un Martini con dos aceitunas. Desde allí tejía su invisible telaraña de sugerentes miradas y seducciones pacientes en donde, una a una, sus potenciales víctimas se enredaban y caían. Una vez a su merced, Marita

elegía con cuidado a uno de ellos y se lo llevaba, nadie sabe a dónde. El perfil de la víctima sí que es un enigma, decía Andrés. Tampoco se sabe qué hacen después de que salen del boliche. No se los ve más hasta que aparecen flotando boca abajo en el río, con los pulmones inflados de agua. Marita los enamora y después los descarta. Es una bruja. Andrés afirmaba haberla visto una vez, apenas de lejos, y casi caer en su hechizo. Esa vez, había dicho, a su alrededor revoloteaban no menos de siete hombres que se turnaban para hablarle o regalarle tragos.

Martín cae en la cuenta de que todavía no ha dicho nada, así que lo pronuncia con todas las letras: gracias; y retira el ticket de la mano de ella. Sonríe porque considera que es lo que mejor le sale. Ella lo mira entornando los párpados y Martín se vuelve para ver a los de seguridad forcejeando con el hombre canoso y con el resto de los pasajeros que lo protegen. Exhala con fuerza y toma consciencia del sudor en su espalda y el ritmo de sus latidos. Suspira aliviado porque la conversación ha terminado. No sabe si es porque puede ser bruja, o simplemente porque es mujer y les tiene miedo.

Entonces le tocan de nuevo el hombro. Martín se vuelve y es ella. El flequillo negro se sacude despacio y ella pregunta, con una sonrisa que le ilumina cara, si él también tiene que viajar con esa gente.

Martín abre la boca, pero no dice nada. Soy Ludmila, dice ella y le extiende la mano.

Martín y Ludmila hablan.

Él le cuenta quién y es y qué hace ahí. Por qué se va y a dónde. Habla de su familia, pero omite a su tío Pablo. Creo que me equivoqué de carrera, confiesa en un momento, y era más fácil escaparse que empezar de nuevo. Ella dice que ha conocido a alguien en un sitio de citas en internet. Un ruso que vive en Holanda. También ha dejado la facultad, porque ya no le dan los tiempos entre las largas sesiones de Skype a la madrugada y las horas de sueño que distribuye durante el día. La diferencia horaria es lo que te mata, afirma cuando expone sobre las relaciones a distancia. Dice que vive en una casa pequeña del barrio de Recoleta y que la convivencia con su madre es lo que la ha empujado a irse. No se banca mis elecciones, explica con las manos. Le asegura que no ha sido difícil conseguir el dinero para el pasaje, aunque reconoce haber robado, alguna que otra vez, del monedero de su madre.

Martín ya no cree que Ludmila sea una bruja. Aunque —piensa después—, ese es el poder más conocido de las brujas, convencer de que no existen. Entonces corrige su línea de pensamiento; a Martín ya no le importa que Ludmila pueda ser una bruja.

A su alrededor todo luce más calmo y el caos se ha disipado. No ha visto cómo, pero la gente está repartida por la sala, sentada en los bancos de embarque, civilizados. El hombre canoso de barba candado está cruzado de piernas en uno de los asientos, sujetando el voucher con los dedos. Una mujer con un saco con el logo y los colores de la aerolínea se acerca hasta ellos y les ofrece el pase para el hotel. Martín y Ludmila los toman. En media hora llega el transfer que los lleva al hotel, agrega la mujer. Los van a llamar por altoparlante.

Martín y Ludmila hablan de nuevo. Esta vez también ríen y de vez en cuando alguno se apoya en el brazo del otro para lanzar la carcajada. Ludmila habla de relaciones abiertas; Martín dice que no entiende de relaciones. Ella asegura que el amor es un invento del mercado para vender tarjetas, y Martín disiente y argumenta que el amor, en realidad, es más parecido a emprender un viaje, por eso de la incertidumbre y el sacrificio. Ludmila habla de Moscú, Martín de la sala embarque y del aeropuerto. Ludmila se ilusiona con el futuro, Martín quiere retenerla en el presente.

Él entiende que tiene que ser ahora. Entiende que es ella. En su cabeza da vueltas un plan simple que es el único que se le ocurre; una excusa cualquiera para tocar la puerta de su habitación. Para tenerla cerca suyo y hablar toda la madrugada.

Ludmila revisa el papel que tiene en la mano y hace un comentario sobre el hotel. Después agrega algo sobre la pileta y de lo amplio que —ha escuchado— son las habitaciones. Sonríe mucho y Martín le sigue el juego. Quizás hasta hagamos el amor; así piensa, pero se calla. Si así fuera tengo que estar preparado, se dice. Preparado para que ella no se escape mañana en el avión que la lleva a Rusia.

Pero los ojos de Martín se escabullen. El clamor de un revuelo nuevo se alza en la sala. Corridas leves y gente apurada. Suspiros se condensan en el ambiente. Ecos de renovadas quejas dicen de atropellos y faltas de respeto. Los empleados de la aerolínea se alistan detrás del mostrador. Vamos que nos vamos, escucha Martín que le dice un padre a sus dos hijos poniendo en sus cabezas las gorras de colores que los niños se habían sacado. Martín se rehúsa a aceptar lo que está pasando hasta que la voz del altoparlante lo declara sin ambigüedades: el avión sale. El gerente ha intercedido y han cambiado el vehículo. El avión sale y embarcan en diez minutos.

Ludmila y Martín se miran.

Qué asiento tenés, pregunta él. 10B, dice ella. Yo 28A, dice él y de nuevo se miran como por primera vez.

Hora pico

Cuando llega el colectivo miro el reloj: ocho y media pasadas, como siempre. La puerta mecánica se abre y el gordo que maneja me mira, pero no me reconoce. Seguro que para él soy uno más del desfile de zombis matutinos. Pero yo lo conozco bien. Esa camisa celeste, desabotonada donde explota la panza, esa barba de semanas, ese gesto como de tragar vinagre. El chofer que le sigue es lo opuesto, sonrío demasiado y dice buenos días. No hay una mañana en que aparezca despeinado o desprolijo. Parece un robot. ¿Quién sonrío a las nueve de la mañana? Tampoco me gusta eso, que sea el de las nueve, porque las nueve es demasiado tarde. Es correr las cuatro cuerdas que hay entre la parada y la fábrica. Es no tener quince minutos para aislarme en ese comedor lleno de gente y tomarme el café de la mañana en la punta de la última mesa. Es no poder leer el diario en paz, mientras el resto grita y escupe pedazos de medialuna. Así que cruzarme con la cara desabrida del gordo de las ocho y media con el sobaco transpirado, me tranquiliza. Me alegra; sí, me alegra, en una de mis estúpidas satisfacciones diarias.

Le pago y me da el boleto. Para variar, el colectivo está que explota. Cuando encaro para meterme, el tufo me mata; una bola invisible de olores me tira para atrás. El gordo señala adentro con la cabeza y revolea los ojos. ¿Qué mierda querés que haga?, le digo con los hombros. No entra un alfiler. Y no me sorprende: a esta altura de la avenida ya subieron las madres que arrastran los chicos al colegio y los oficinistas de traje idiotizados con sus teléfonos. Con el brazo rechoncho que le desborda la manga corta de su camisa celeste, el chofer me apura de nuevo. Aprieto los puños y cuento hasta diez.

El pasillo del medio está abarrotado, pero parece mi única opción. Por si no me queda claro, el gordo lo recalca: “Por el pasillo del medio”—grita, y me mira por el espejo retrovisor. El forro está jugando conmigo. Avanzo. Me abro paso a los codazos entre la multitud que se amontona en el corredor. Tres filas de cuerpos cuelgan de la baranda; cada vez que trato de agarrarme, me tropiezo con manos húmedas, cerradas sobre el metal. Me recuesto sobre ellos para pasar, no me queda otra. Acá hay uno que no se lavó los dientes, acá otro que estuvo comiendo ajo, acá una que hace rato no se cambia la remera. Los olores se confunden cerca del techo. Aguanto la respiración y creo que inflo los cachetes porque una señora me descubre; levanta las cejas y aprieta los la-

bios como reprochándome. El colectivo arranca de golpe, así como si nada. El gordo no espera a que la gente se acomode y los cuerpos se mueven de adelante hacia atrás, atrapados entre la inercia y la aceleración del vehículo. Si nadie se cae es porque no hay lugar. Me meto en medio de dos viejos y me quedo duro. Ya falta menos para el café y el diario.

Siete paradas después llegamos al centro. Me quedo atento, a ver si hoy es un día de suerte y la gente sale disparada para afuera como vacas cuando les abren el corral. Pero se ve que hoy nadie se queda acá. Parece que no voy a encontrar espacio en la baranda para agarrarme y mucho menos un asiento. El movimiento de la masa cuando las puertas se abren alcanza solamente para que las dos cabezas que me tapaban la ventanilla se corran y la vista se despeje. Hoy no es un día de suerte. Detrás del vidrio está la calle, los rayos de sol sobre el asfalto, la mañana en la ciudad.

Todavía en el centro, el colectivo se detiene en un semáforo y ahí lo veo, a través de la ventanilla: un bulto marrón desparramado sobre la vereda. A simple vista parece ser una persona, pero recién cuando, a la fuerza, me acerco a la ventana, lo confirmo. Sí, en el suelo hay un hombre, con los brazos abiertos y la cabeza hacia un lado, desmayado. ¿O muerto? Así estirado ocupa casi todo el ancho de la vereda, pero es invisible. Nadie se percata de su presencia, aun cuan-

do lo esquivan para no pisarlo. Abandonado ahí, en medio del centro, se ha confundido con el paisaje de diarios viejos y cajas de hamburguesas movidas por el viento.

Lo señalo y me miran a mí. En vez de ver para afuera, me miran como con miedo.

—¿Eso es un hombre? —pregunto al aire.

Nadie me contesta. Me observan entre curiosos y asustados, y se alejan, como si fuera un loco. Empujo a uno y toco el timbre para que me abra la puerta. El gordo se encoge de hombros y niega con la cabeza. “En la parada”, dice. Toco de nuevo. Tres veces, una atrás de la otra. El gordo pone cara de asco y levanta las cejas. Si no le gusta, que me abra. Me prendo del timbre y el chillido hace un ruido terrible en el colectivo. Un montón de cabezas giran hacia mí, pero yo no suelto el timbre hasta que el gordo me abre y me insulta de lejos. Un murmullo de indignación me llega desde los asientos mientras bajo.

Desde la calle la cosa pinta distinta. Me quedo parado en la vereda del frente porque de pronto acercarse no parece tan seguro. Hay algo raro, no sé qué. Algo en la calle, la cuadra, los negocios alrededor. Reviso especialmente las ventanas porque ahí suelen esconderse las miradas indiscretas en las películas. Busco en las terrazas. No encuentro nada. La muerte de este hombre ha pasado inadvertida. Desde lejos

lo examino. ¿Estará muerto? Es importante el torso; si respira se tiene que mover un poco. Nada. Igual, desde tan lejos es difícil de decir.

En la puerta de una despensa, sobre la otra vereda, alguien me observa. Un hombre que recién no estaba. ¿O sí? Hay dos opciones: o bien está relacionado con el crimen o bien está buscando criminales igual que yo. Ya me vio. ¿Me vio? Sí, me vio. ¿Qué hago? Desaparecer puede ser sospechoso. Mierda, hasta jugar la carta del curioso —que en el fondo soy— puede ser sospechoso, si ni siquiera yo sé porque bajé. Ya estoy acá, tengo que hacerme el interesado. Cruzo la calle y me paro al lado del muerto. Doblo un poco la columna y lo observo desde arriba con mucha atención; demasiada atención. Relejo al extraño. Todavía me mira, así que hago un esfuerzo mayor, me agacho y apoyo las rodillas en el suelo.

Sería bueno detectar la causa de muerte sin tocarlo. Me gustaría comprobar el pulso para descartar la posibilidad de que siga vivo, pero sé, por series y películas, que si mis huellas quedan pegadas en él, podría ser un problema. Con cuidado de no rozarlo, le acerco el oído a la boca para ver si respira. Con el ruido de la calle es imposible. Me llevo una mano al mentón y lo acaricio porque creo que me da un aspecto pensativo. De pronto se me ocurre que necesito fingir saber lo que hago. No hay mar-

cas en el cuerpo, al contrario, si no estuviera despatarrado en medio de la calle, cualquiera pensaría que este hombre está vivo. Miro de nuevo para la despensa, pero ya no hay nadie. Menos mal. Es momento de irme. No tendría que haber bajado del colectivo, podría haber sido para quilombo. Además, si el tipo está vivo es una cosa, pero si está muerto que se haga cargo otro. De avisarle a la familia, de los trámites. Encima son más de las nueve. Ya no habrá café ni diario en el comedor. Doy un último vistazo al cadáver y me dispongo a escapar cuando una voz fuerte y grave me detiene.

—¿Está muerto? —pregunta. Es el hombre de la despensa. Frunce el ceño sin disimular desconfianza.

—No sé, pero parece que sí —digo.

—¿Y porque no le busca el pulso? —dice y me mira fijo.

Retrocedo. ¿Por qué me pide eso? ¿Por qué no lo hace él? Este tipo seguro tuvo algo que ver. ¿Y si estuvo escondido a la vuelta de esquina, esperando que pase el primer idiota para convencerlo de llenar de huellas el cadáver fresco? Pero si hay algo que no soy, es idiota.

—Porque prefiero no involucrarme. Puede hacerlo usted, si le parece —le digo.

El hombre cruza los brazos y levanta las cejas. Se hace el sorprendido; no me cree el forro.

—¿Qué hacía mirando el cuerpo, entonces, si no se quiere involucrar?

Dos viejas se acercan. Las dos aprietan sus carteras como si fuera el fin del mundo, pero la curiosidad les gana. Da la impresión de que no es el muerto en el suelo el que atrae gente, sino nuestra discusión. Una de las viejas nos sondea de arriba abajo; primero a mí y después al otro. El más dudoso se ve que soy yo, porque pone cara de que no le gusto y acomoda el cuerpo de forma tal que me esconde la cartera, y se queda mirándome. Pensará que le voy a robar.

—No hacía nada —me ofendo—. Vi una persona tirada en el suelo y me acerqué. Se llama compasión. Empatía.

La otra vieja, que no había sacado la vista del cuerpo un segundo, carraspea un gruñido que suena sarcástico. Giro y me topo con sus ojos. Esta vieja también me acusa. El hombre cruzado de brazos niega con la cabeza y busca la aprobación de la vieja que esconde la cartera. Una pareja de adolescentes en uniforme de colegio se mete en medio de la pequeña ronda que se ha formado alrededor del muerto y filma todo con dos enormes celulares. Lo que faltaba. Uno de ellos me empuja torpemente.

—Cuidado, pendejo —se me escapa.

Una de las viejas abre grandes los ojos, se le estiran las arrugas. Vuelvo al extraño:

—Óigame, señor, yo no tengo porqué darle ninguna explicación, estamos en un país libre y yo me paro donde quie...

—¿Cómo sabemos que no fue usted quien lo mató? —interrumpe el hombre, exagerando el acento en “mató”.

La ronda enmudece. Un hombre y una mujer de traje que recién se acercan murmuran algo; el hombre de traje me señala. Una de las viejas contiene una exclamación y la otra se tapa la boca, que se había abierto más de lo normal. Más personas se arriman. Creo que oigo de lejos algún que otro insulto. El extraño de los brazos cruzados me acaba de acusar delante de un montón de desconocidos. Me transpiran las manos. Este hijo de puta está moviendo bien las piezas. Me siento acorralado. Ahora el grupo congregado alrededor del cadáver es considerable. “Mirá como transpira”, “Tiene cara de delincuente”, tengo que decir algo. “Caradura”, “Se hace el pelotudo, mirá, mirá cómo...”. Tengo que decir algo ya, cualquier cosa. “¡Asesino!”, “¿Cómo lo mataste, basura?”. Si no hago algo me van a matar a mí. “¡Lo mataste, forro!”. No me dejan pensar. La ropa se me pega a la piel.

—¿Y... y... y cómo sabemos que no fuiste v... que no fue usted? —digo. Me arrepiento. Error. Defensa siempre mejor que ataque— Usted lo mató. Sí señor... sí señor, ha sido usted... usted lo mató...

Lo mató y se ha quedado esperando al primero que pase para acusarlo. Claro que sí. Es más, si se fijan bien —miento al resto—, van a notar... van a ver una marca. ¡Acá, miren acá! —señalo el cuello del hombre— ¡Lo ha ahorcado, señores! Este criminal lo ha ahorcado... lo ha matado con sus manos... sí... con sus propias manos.

La parte de la marca suena convincente porque varios la apuntan y uno de ellos —el hombre de traje que había llegado hacía un rato— se agacha junto al cuerpo muerto y lo confirma con un solemne asentamiento. Pero la parte del responsable parece que no, porque alguien que no alcanzo a ver, detrás de la primera fila de gente, pregunta desde lejos que si soy inocente por qué estoy tan nervioso.

—Sí —dice el hombre de brazos cruzados—. Si sos inocente, ¿Por qué estas tan nervioso?

La remera se pone pesada debajo de los brazos; el gordo; me acuerdo del gordo de las ocho y media. Pero es cierto. Si yo no hice nada, ¿por qué estoy tan nervioso?

Del bolsillo de atrás de mi pantalón cuelga siempre un trapo salpicado de mugre y aceite que, tiempo atrás, supo ser la manga de una remera. En la fábrica lo uso para secarme las manos o el cuello. Ahora lo busco para limpiarme el sudor de la cara, pero apenas llevo la mano a la espalda, una de las

viejas lanza un alarido. Gente en el suelo. Se tiran. Gatean desesperados. Se volvieron locos. “Tiene un arma”, grita uno. Tengo miedo. Es como si hubiera explotado una bomba. Nenes lloran tironeados por sus madres. Gritos. Un quilombo infernal. Me filman. Aun así, me filman. Enfermos de mierda. Manos que salen de los rincones. De atrás de las cosas. Celulares que me apuntan. El hombre de brazos cruzados aprovecha el caos y grita:

—¡Que alguien llame a la policía! ¡Es un asesino!
Otras voces se hacen eco.

—¡Policía! ¡Policía! —las señoras enseguida adhieren al escándalo. Y después el resto. Los de traje, los niños, los adolescentes con uniforme de colegio.

Ya es tarde para explicaciones. ¿Para qué me bajé del colectivo? ¿Por qué mierda no seguí de largo? Fantaseo con huir. Correr. Le doy la espalda al hombre de brazos cruzados y hago un paso, pero me toman del codo; él me toma del codo. “¿A dónde vas?”, pregunta y sonrío. Estoy rodeado. Otras manos se suman a las del hombre y me aprietan los hombros, las piernas, el otro brazo. Alguna mano me roza el cuello. Me arrastran a una confusa masa de cuerpos mientras me insultan a los alaridos. Yo también grito. No sé bien qué, pero grito. Lloro. Digo que soy inocente, pido libertad. Me trato de zafar, pero me tiran al suelo y el calor hirviendo del cemento me quema la cara.

Entre las piernas veo que se suma más gente, ya en el cordón de la vereda. En la calle. ¿Cuántos son? Un auto pasa despacio. Después otro. Cámaras, más cámaras. Celulares de mierda. Mis putos cinco minutos de fama y yo con la boca llena de lágrimas y mocos.

Las patadas me llueven. Piernas, estómago, espalda, brazos. Se me clavan; puntas de zapatos se me clavan. Por todos lados. Una garganta que se aclara y después un escupitajo caliente y húmedo en mi mejilla. Me van a matar. Me hincan el costado y toso sangre que mancha el asfalto. La columna se me dobla.

Por un momento la golphiza se detiene. Dos policías se acercan corriendo. Vienen a salvarme. Se abren paso ente la gente. La multitud parece disolverse. Desde el suelo me cuesta ver lo que pasa, solo distingo cuando las viejas me apuntan con el dedo, una vez más. “¿Qué paso?”, le preguntan. “Ahorcó a este hombre”, dice y señala al cadáver tirado no lejos de mí.

Trato de hablar, pero lo único que me sale es un estertor que viene del pecho. Me duele el cuerpo. Los policías me agarran las manos, las doblan, una contra la otra, y las aprietan contra mi estómago. Me esposan las muñecas y me levantan del suelo. Babeo y una muela rebota sobre la vereda. Se pierde entre los pies de la muchedumbre. Los policías me empujan y yo grito.

—Necesito dos testigos —dice uno de los policías.

—Yo me ofrezco para terminar de una vez con estas lacras —dice el hombre de brazos cruzados.

—Si va preso en serio y no lo sueltan a la media hora, yo voy —dice la vieja que había escondido la cartera de mí.

Los policías me tironean toda la cuadra hasta la puerta del patrullero.

—¿Por qué me llevan? —pregunto.

—Porque ha matado a un hombre —dice uno, y después me agarra del cuello y empuja mi cabeza para meterme en el auto.

—Pero yo no he matado a nadie —digo. No lo escuchan y la frase se pierde en un murmullo.

Se suben ellos. Uno pide por radio otro móvil para recoger a los testigos. Afuera, escucho que todavía me insultan. Veo a la multitud través del vidrio. ¿He matado un hombre?, me pregunto. Busco mis ojos en el espejo retrovisor y encuentro mis pómulos, manchados de sangre y tierra. ¿He matado a un hombre?

Sí, me digo, he matado a un hombre.

Los de enfrente

Viernes

Esa noche, mientras entraba el auto a la casa, Flavia se dio cuenta de que Marisa la espiaba por las hendidias de la ventana de enfrente. El contorno de la gorda figura de la vecina bloqueaba la luz. Flavia, que alguna vez había estado allí, sabía que la ventana daba a una cocina húmeda de empapelado mohoso, iluminada por un tubo fluorescente vetusto que a estas horas solía centellar largo rato en un chispeo insoportable y la perturbaba siempre que le costaba dormir.

Metió el auto al garaje acelerando más de lo debido y por poco rayó la puerta izquierda del Ford azul de Ignacio, que brillaba impoluto en el salón que él mismo había diseñado. Todavía adentro del auto, se dio vuelta para estudiar la casa de enfrente. La sombra de Marisa seguía allí. No era la primera vez que la descubría estudiando los movimientos de la casa, pero ahora algo la inquietaba. Algo era diferente. Mejor sería cerrar el portón. Revolió la

cartera que había dejado medio abierta en el asiento del acompañante, pero no encontró el control remoto. Nerviosa, tanteó de nuevo el bolso. Contuvo el impulso de corroborar si Marisa seguía ahí y sacudió las cremas y los perfumes que tintinearón adentro de la cartera. Entonces se detuvo y respiró hondo. No seas chiquilina, se dijo y hundió la mano en el bolso. Nada. ¿Dónde lo puse?

Afuera, la luz relampagueó. Miró a través del espejo retrovisor, la mujer todavía estaba allí. El tubo había comenzado su espantoso chispeo y la luz se entrecortaba. Su corazón se aceleró. Volcó íntegro el contenido de la cartera sobre el asiento y ni aun así, con todo desparramado sobre el cuero color marfil del asiento, el control apareció. Ahora, el contorno de la vecina con sus caderas anchas y sus enormes senos parecía más una aparición espectral que una persona entre los fogonazos de la ventana. Flavia hurgó en la oscuridad y le pareció que algo brillaba donde debían estar los ojos de Marisa. Un súbito frío le atravesó la espalda. Agitada, revolvió el asiento, y después el suelo, y después el asiento de nuevo. Hasta que por fin recordó: ya había usado el control para abrir el portón y meter el auto, de modo que nunca lo encontraría adentro de la cartera. Arriba del volante, ahí estaba. En la luneta delantera, claro. Qué tonta. Lo tomó de una vez con mano temblorosa y apretó el único botón del diminuto artefacto.

El motor soltó un chillido metálico y activó el lento descenso del portón de madera. Mientras bajaba, Flavia no pudo quitar la vista de la casa de enfrente ni de la sombra de Marisa que, solo cuando el portón había bajado casi hasta el final y Flavia apenas podía distinguirla a través de una delgada línea abierta, se alejó de la ventana que quedó vacía, iluminando con refusilos blancos las baldosas grises de la vereda.

Flavia resopló. Después se abanicó el rostro con las manos, sacudió apenas su camisa de seda para que el aire la recorriera un poco, y giró el espejo retrovisor para mirarse. Tenía las mejillas pálidas y la piel debajo de los ojos se veía más oscura que nunca. Recogió lo que estaba desparramado y lo guardó de nuevo en la cartera. Se pasó un poco de base por los pómulos para devolverles el color y se dio un momento para respirar antes de salir del auto.

Atravesó el garaje hacia la cocina. Dos copas de vino la esperaban sobre una enorme mesa rectangular que ocupaba la mitad de la sala. Cuatro banquetas altas de cuero blanco salpicado con manchas negras irregulares completaban el juego. En las paredes, alrededor de la mesa, una larga superficie de mármol plateada atravesaba los electrodomésticos.

Ignacio apareció del otro lado de la sala con el conjunto deportivo que vestía siempre después del

trabajo; zapatillas de correr, el pantalón cargo y la remera de tela de avión. Tenía el celular en la mano y los auriculares encajados en los oídos. Gotas de sudor se condesaban en la base de la frente. Había estado usando la cinta.

—¡Amor! ¿Todo bien? Escuché el portón, pero no entrabas...

—Sí, sí, todo bien. La pelotuda de en frente nomás. Se cree que no me doy cuenta de que está espionando detrás de la persiana.

Ignacio se encogió de hombros

—Sí, a mí también me pareció que había alguien mirando cuando entré el auto. Es normal, no des bola.

Ignacio tomó una copa y la extendió hacia Flavia rodeando la mesa. Después, le besó la frente y agregó:

—Ya queda poco.

Flavia sonrió.

—Sí...

Después de una pausa:

—¿Vos creés que saben?

Ignacio la agarró de la cintura y le besó las mejillas en un gesto que repetía cuando le restaba importancia a lo que Flavia decía. Acercó su copa a la de ella sugiriendo un brindis que no sucedió.

—No, yo creo que se puso peor desde que cam-

biamos el auto... De todas formas, en unos días no te vas a tener que preocupar por la vecina, el vecino, ni nadie más de este barrio de mierda. —Ignacio la miró, acaso con ternura y preguntó—: ¿Cómo era la distancia?

Flavia estiró los dedos y juntó las manos, una sobre la otra, para luego separarlas unos veinte, veinticinco centímetros. Ignacio acarició la mano izquierda de la mujer y la movió hacia afuera para corregir la medida.

—Quinientos metros. Quinientos metros de parque entre el pórtico de entrada y la puerta de vidrio. Eso es lo que te va a separar de los vecinos.

El hombre alzó su copa por tercera vez y ahora sí, Flavia acercó la suya y los cristales por fin chocaron.

Cocinaron pasta y cenaron con vino blanco en la mesa del patio, bajo la enredadera del quincho. Flavia sonrió alguna que otra vez durante la noche, pero seguía intranquila.

Más tarde, cuando entraron al frío del dormitorio, pasó lo de siempre, cada uno se colocó de su lado de la cama, se cambiaron de ropa, se acostaron dándose la espalda y se durmieron cuidando de no rozarse.

A mitad de la madrugada, un ruido extraño despertaría a Flavia que, entre dormida, notaría la sombra de Marisa pegada al ventanal del cuarto y casi sin proponérselo cerraría la cortina y volvería al sueño.

Al otro día, no recordaría nada de eso.

Sábado

Una brisa fresca entraba por el ventanal del dormitorio y sacudía las cortinas color crema que se movían dóciles y acariciaban el marco. Flavia las observó deslizarse por la abertura y recordó cómo ardía el sol de Marruecos la tarde en que las había comprado. Atraída por el resplandor colorido de alfombras y cortinas que colgaban de las paredes del local, había entrado en el negocio y se había perdido en el brillo de las telas que se confundían, una encima de la otra, como luces desenfocadas en una foto nocturna. En reuniones con amigos, Ignacio siempre contaba que el rollo de la cortina pesaba más que su propio bolso y que traerla en el avión había derivado en un engorroso exceso de equipaje que se sumaba a la previsible demora en los chequeos de aduana. Y agregaba que él, comprensivo como era, había lidiado con todo sin chistar. Flavia entendía que esa era la historia que Ignacio necesitaba contar, pero sabía bien que él se había vuelto loco por las cortinas en cuanto las había visto. “Vos cerrá los ojos y visualizalas combinando con el blanco y negro de la cocina”, había dicho esa tarde moviendo las manos, con la frente empapada de transpiración y la camisa de lino

—que esa misma noche tiraría a la basura— amarilla en las axilas. Claro que jamás hubiera notado las cortinas si ella no le hubiera recordado que había visto unas muy parecidas en el living del gobernador, esa vez que los invitaron a una fiesta en su casa. Flavia conocía las palabras exactas que debía pronunciar para que su marido se entusiasmara con sus caprichos.

Por supuesto que de vez en cuando Ignacio tenía buenas ideas propias. Por ejemplo, detrás del ventanal y de las cortinas que daban al parque de atrás, había diseñado una enorme arcada de acero que se extendía hasta convertirse en una galería de techo cilíndrico, adornada con una estupenda hiedra que se enredaba en la estructura y la mantenía fresca y verde todo el año. El jardinero había felicitado a Ignacio por la elección y el diseño, decía que era de los mejores en los que había trabajado.

Perdida en la contemplación de la galería, Flavia cayó en cuenta de lo extraño. El ventanal estaba abierto de par en par, por eso las cortinas se balanceaban tanto. Qué raro. Ignacio ya no estaba de su lado de la cama y él jamás lo dejaba así cuando salía. ¿Lo habré abierto medio dormida? Se convenció de que, seguro, Ignacio por alguna razón se había olvidado de cerrarlo.

Desde afuera llegaba el rugido áspero de un motor y su eco distorsionado retumbaba en el dormitorio.

rio. Se incorporó en la cama para ver bien y entrecerró los ojos. Una masa cuneiforme atravesó el ventanal de izquierda a derecha. Tanteó la superficie de la mesa de luz buscando los lentes, se los puso y mantuvo la mirada fija en la abertura. Esperó inmóvil. El ruido no cedía; por el contrario, se intensificaba. Agazapada, comenzó a gatear por la cama. Lo que antes una masa, cruzó de nuevo la abertura y ahora Flavia lo distinguió con total claridad; era Miguel, el hijo de Marisa, que empujaba una máquina para cortar el pasto. Ese había sido el ruido todo el tiempo. ¿Pero por qué? El cuidado del parque seguía un riguroso calendario que obviaba, explícitamente, los fines de semana, días en los que dormían hasta tarde. Flavia se levantó y se asomó por el marco de la ventana.

El niño, que apenas tenía estatura suficiente para mover la máquina, la llevaba de un lado a otro del parque. Detrás de él, sentado en uno de los canteros, lo esperaba Ramón, su padre, estirando la punta del sombrero de ala ancha para atajarse del sol. El hombre la miró con esfuerzo, con el único ojo que no se cerraba a la claridad, y asintió con la cabeza, saludándola. En su pecho desnudo, un ramillete de vellos negros se amontonaba desordenado. A Flavia le dio asco.

Aunque no entendía, lo saludó con la mano. Tartamudeó una pregunta inconexa que se perdió en el aire, tapada por el zumbido insoportable de la cor-

tadora. El hombre frunció el entrecejo y se le arrugó toda la cara. Se llevó la mano a la oreja y la acomodó ahí, dispuesto a escuchar. Flavia quiso decir algo pero las palabras no salieron, entonces el hombre largó un carraspeo seco y el chico se detuvo. Sacudió la cabeza en el gesto despectivo y categórico que se le haría a un perro y Miguel apagó el motor de la máquina. La ausencia repentina del rugido insufrible de la cortadora, asfixió a Flavia.

—¿Cómo le va, doña? —dijo el hombre—. ¿Durmió bien?

Flavia lo examinó.

—¿Qué hacen acá?

En un esfuerzo por no gritar, la voz se le quebró sobre el final de la pregunta. Ramón se soltó el sombrero y enderezó la cabeza. La claridad le pegó en la cicatriz que le surcaba la cara, y esta se iluminó en una línea dorada. La miró con suficiencia, con todo el frente de su rostro y después, señalando el césped con los hombros y los brazos:

—Cortando el pasto, nomás.

—¿Quién los dejó pasar?

Ramón volteó hacia el costado, carraspeó y escupió al césped.

—Su marido, señora. Don Ignacio me encontró en la vereda y me pidió que si no le podía reparar un poquito el pasto.

Se hizo un silencio entre ambos. Ramón se la quedó mirando fijo. Miguel, con sus minúsculas manos apoyadas sobre el mango de la máquina, también la observaba.

—Qué raro... —dijo Flavia con un hilo de voz—. No me dijo nada...

Por un momento, no fueron más que estatuas de piedra que adornaban el inmenso parque de la casa. Al final, Ramón se movió, resopló y simuló levantarse del cantero.

—Pero si quiere, nos vamos.

—No, no, por favor—lo detuvo Flavia—. Sigán, sigán —agregó y se metió de nuevo en la habitación. Cerró la puerta detrás de ella y la aseguró con pasador.

El ruido no volvió, aunque con el espesor de los vidrios que Ignacio había instalado en esa puerta hubiera sido difícil de escuchar.

Se sentó en la cama a pensar. ¿Por qué Ignacio decidiría, sin motivo aparente, pedir a los vecinos que cortaran un pasto que no necesitaba ser cortado, mientras él no estaba? No tenía sentido.

Aun así, Ignacio siempre se las arreglaba para sorprenderla. Flavia recordó la vez que casi compra una boa arco iris en el mercado negro, pese a su conocida aversión a víboras y serpientes. Tenía la idea de hacer un terrario de vidrio que fuera de lado a lado

dentro de la pared del living y que la boa viviera ahí. Una adquisición tan exótica sería crucial para establecer por fin a la casa como sede de reuniones y fiestas de negocios, porque para mantenerse en los ambientes en los que se movían había que ofrecer siempre algo interesante. Y gente como esa se aburría rápido. Fue difícil convencerlo de lo contraproducente de tener adentro de la casa un animal al que le tenía fobia. A Ignacio le costaba asimilar que no podía tener alguna cosa que quería. La psicóloga de pareja que los atendió en los años difíciles, le había dicho que era patológico, aunque Flavia siempre omitía que en realidad se había referido a los dos.

Tomó el celular y lo llamó. Ignacio atendió al tercer tono.

—¿Vos dejaste entrar a los vecinos para que cortaran el pasto?

Silencio.

—¿Qué?

—Eso... Los vecinos están en el patio, cortando el pasto. Ramón y el hijo.

—¿El bebé?

—No, Ignacio, el otro hijo, el que puede cortar el pasto. Dicen que vos les pediste y los dejaste entrar.

—¿Yo? No sé de qué me estás hablando. Yo no le pedí nada a nadie y menos los voy a dejar entrar.

Flavia notó la boca seca y la lengua pastosa.

—Bueno, están acá en el patio, adentro de la casa.

—¿Cómo que están en el patio? La puta madre, Flavia... Bueno, escuchá...

—Estos saben, Ignacio. Es obvio que saben.

—Qué van a saber Flavia, calmate, mirá...

—Voy a llamar a la policía —dijo por último y cortó.

Con el teléfono en la mano, caminó con el máximo sigilo del que era capaz, arrastrando apenas las piernas, y se asomó por el ventanal que daba al parque.

Nadie.

Salió al patio y los buscó por todos lados, pero no había rastros de Ramón ni de su hijo Miguel. Lo único que se movía ahí afuera eran las dos enormes plantas de jazmín que flanqueaban la fuente de mármol, acariciadas por la brisa fresca de la mañana. Me quieren volver loca, pensó Flavia. Estos hijos de puta algo tienen planeado, algo van a hacer. Corrió por la casa recorriendo las cortinas y asomándose por las ventanas que daban al parque. Era como si nunca hubieran estado allí.

Recién los vio cuando revisó la ventana del living que daba a la calle. Ramón y Miguel se escabullían por el portón de metal oxidado que servía de entrada a la casa del frente. Flavia tocó la pantalla del

teléfono y buscó el número de la policía. Alguien le habló a centímetros de su rostro y Flavia gritó. La figura ancha y sombría de Marisa había estado todo el tiempo invisible al costado, detrás de las rejas negras de la ventana. Entre los brazos gordos de la mujer, Jacobo, un bebé de menos de un año, dormitaba. Flavia podía oler el poderoso resabio del ajo que se desprendía de la madre.

—No lo haga, Flavia, no lo haga. Querían hacer una changa, nomá.

—¡Ay, Marisa, me asustaste! ¿Qué changa? ¿Metiéndose en mi casa como delincuentes?

—No, pero ellos no son delincuentes. No lo haga, Flavia, porfa, que si se lo van a llevar al Ramón otra vez yo me quedo sola con los chicos toda la noche y usted no sabe el trabajo que es tener un bebé.

Flavia inspeccionó al bebé con suficiencia. No, no lo sabía. Le dio lástima por la criatura que todavía no parecía ser esa porquería en la que su familia de seguro lo iba a convertir.

—No quiero que se acerquen a mi casa, Marisa. ¿Entendés eso? No los quiero ver, quiero tener estos últimos dos días de paz.

—Sí, señora.

—Si los vuelvo a ver acá, o mirando la casa, o dando vueltas alrededor, llamo a la policía. ¿Entendés?

—Sí, señora.

Flavia le cerró la persiana en la cara, aseguró todas las aberturas de la casa y se sentó en una silla de la cocina a esperar a Ignacio, que entró el auto en el garaje media hora después.

—Están estudiando la casa —dijo él después de un rato, empuñando una taza de café—. Ya saben cómo entrar.

Flavia se comía las uñas.

—Yo no sé si vamos a sobrevivir dos días más.

—Hay que estar alerta y cerrar todo bien, nada más. Son dos días, dos días y estamos bien lejos de esta mierda.

Embalaron toda la tarde. Flavia vaciaba los estantes de la biblioteca e Ignacio acomodaba los libros en cajas. Era bueno para eso. No al pedo soy campeón internacional de tetrís, se jactaba infantilmente. Así que Flavia se conformaba con retirar las cosas de mesas, estantes y cajones, los acomodaba por categorías de calidad, fragilidad e importancia, y los dejaba cerca de las cajas en las que después Ignacio los guardaba con excesivo cuidado.

De pronto, Flavia recordó cuánto la ilusionaba la idea de empezar de nuevo en otro lugar. Entre una cosa y otra, había olvidado lo mucho que anhelaba irse por fin de aquel barrio, que ya no era para ellos. La zona se había puesto fea, es cierto, pero a la vez

hacía un tiempo que habían proyectado elevar las condiciones de vida. Y concretar. Concretar por fin ese proyecto que se les había escapado tantas veces. Se le ocurrió que, ahora que estaba tan cerca, debería de estar mucho más contenta. Le echó la culpa a los nervios. Faltaba tan poco para cumplir sus sueños que tenía miedo de que se los arrebataran.

—¿Qué hago con esto? —preguntó Flavia tras abrir el segundo cajón de la mesa de luz.

Amontonadas sin orden ni cuidado, se acumulaban cajas y cajas de pruebas de embarazo. Perteneían a otro tiempo; a cuando todavía hacían el amor. Pero eso había terminado hacía mucho.

Ignacio miró el cajón de reajo y le quitó rápido la vista.

—Tendrías que haberlos tirado hace rato.

Flavia lo miró por encima del hombro y suspiró. Un hijo les hubiera hecho tan bien.

—Ay, Ignacio... ¿Cuántas veces me dijiste que no los tire porque la gente revisa la basura?

El hombre interrumpió lo que estaba haciendo.

—Dejalos ahí, ya los voy a meter en una caja —dijo y salió del dormitorio.

Continuaron embalando hasta la noche, cuando empezaron los ruidos. Ignacio aseguraba con cinta la caja de cartón donde había metido la vajilla

coreana y Flavia desocupaba la cerámica de la vitrina del living. Se miraron y miraron al techo. Alguien corría. Ignacio se levantó y caminó persiguiendo el ruido. Salió del living, entró al comedor, pasó por la inmensidad de la cocina y terminó en el dormitorio. Se oyó un golpe en el suelo del patio y después otro: habían saltado. Ignacio cerró el ventanal que daba al parque y bajó la persiana americana. Flavia, que lo había seguido por detrás, lo espiaba desde el marco de la entrada al cuarto.

—¡Andá a poner la alarma! —gritó el hombre cuando la vio.

Flavia salió disparada y atravesó la casa para llegar al garaje. Pasos resonaban afuera, detrás de las paredes. Puso la combinación y el sistema soltó un pitido estridente que le erizó los pelos. Sonó tres veces seguidas y se apagó, lo que indicaba que ya estaba activada. Flavia caminó en puntas de pie y con pasos largos hasta la sala de estar. Allí, además de la puerta de entrada, una pequeña claraboya enrejada también daba a la calle. Con las luces apagadas, se asomó y buscó la casa del frente; igual que la noche anterior, la sombra intimidante de Marisa se apoyaba en la persiana. Espiaba. Flavia se tapó la boca para no gritar. Los dedos cosquilleaban, entumecidos; se habían dormido. Aguzó la vista y creyó detectar los ojos amarillentos de la mujer que se encontraban

con los suyos. Se despegó de la claraboya. Los ruidos crecieron en la vereda y sobre la puerta de calle. Ahora se oían con total claridad; los del otro lado no hacían un gran esfuerzo por pasar desapercibidos. Flavia se quedó quieta al costado de la puerta desde donde los escuchaba murmurar palabras ininteligibles. Después tomaron el picaporte del lado de afuera. No lo hicieron con violencia sino, más bien, al contrario, con delicadeza. El picaporte giró hacia un lado. Luego hacia el otro. Ignacio se acercó a la sala de estar, también en puntas de pie. Le caían gotas de transpiración y la respiración se le había vuelto un bufido insoportable. Flavia le exigió silencio llevándose el dedo a la boca y señalándole la puerta. Ahora el forcejeo en el picaporte había mutado de intentos largos y pacientes a otros cortos y frenéticos. Flavia apuntó al techo con la mano y preguntó moviendo los labios:

—¿Por qué mierda no suena la alarma?

—No va a sonar hasta que no abran —respondió Ignacio y se encogió de hombros.

La puerta no cedía y los intentos del exterior se volvían más y más efusivos. Empujones esporádicos se sumaron al forcejeo del picaporte y los murmullos crecieron en intensidad. Entonces, de golpe, desaparecieron como si nada para reaparecer segundos más tarde en una de las ventanas laterales del comedor.

Ignacio y Flavia se movieron hacia allá con sigilo. El lastimoso eco de la madera de la persiana golpeada desde afuera, ocupó la noche. Cuando se cansaron de esa, volvieron a forzar el ventanal de la habitación. Y después de nuevo al techo, y luego bajaron y empezaron de nuevo.

Incansables, probaron cada puerta y ventana de la casa, una por una. Flavia sollozaba.

—No, policía no —rogó Ignacio señalando una de las cajas de arriba de la mesa, ante la sugerencia de su mujer. Flavia, que prefería siempre no saber, lo aceptó resoplando.

Ignacio propuso ir al baño, único lugar sin contacto con el exterior de la casa, y ahí se encerraron. Flavia deseó tener un Dios a quien rezar en situaciones como esta.

—Ya saben, Ignacio. Ya saben todo —dijo ella.

Ignacio se quedó mirándola unos segundos y después desvió la vista al suelo.

Los intentos por entrar a la casa los acompañaron toda la noche, hasta que cayeron rendidos de sueño sobre los azulejos azules del baño.

Domingo

El día de la mudanza amanecieron ilesos. Revisaron la casa y la encontraron a salvo. No habían podido entrar. Ignacio se aseguró varias veces de que no había peligro y recién entonces sacó la alarma.

El camión llegó puntual a las ocho. Cuatro hombres bajaron y se ocuparon de todo. Cubrir los muebles finos con capas de tela para envolverlos después en cinta de nylon, desmontar repisas, mesas y bibliotecas, desarmar escritorios. Cargaron, primero los muebles grandes en uno de los acoplados, y todas las cajas y cosas pequeñas, en el otro. Ignacio había decidido no moverse del garaje mientras el portón estaba abierto y los de la mudanza subían las cosas al camión. Flavia supervisaba desde la claraboya de la sala de estar.

Los de en frente estaban sentados en la vereda. Marisa y Ramón recostados en una reposera cada uno, tomando un mate que la mujer recargaba con una pava oxidada que dejaba cada tanto en el suelo. Con la otra mano empujaba el coche del bebé para adelante y para atrás. Para adelante y para atrás. Cerca de ellos, Miguel jugaba con autitos al borde de la calle. Sin ninguna vergüenza, observaban con extre-

ma atención cada caja y cada mueble que los hombres cargaban en el camión. Como si miraran una película, estudiaban concentrados todos los movimientos de la mudanza, levantándose solo contadas veces para recargar el agua de la pava.

Pero eso fue todo.

No se acercaron, no hablaron, no intentaron nada. Pese a la feroz guardia que Ignacio había montado, —o quizás especialmente por eso, pensó Flavia—, no hicieron nada sospechoso. Apenas el camión se fue con Ignacio y con el resto de las cosas a la casa nueva, Marisa y Ramón se levantaron de sus reposeras y las plegaron. Marisa entró primero, empujando el coche con el bebé; Ramón, con el silbido con el que se llama un perro, le hizo una seña a Miguel que se metió detrás de la mujer.

Más tarde esa noche, después de que pusieran la alarma y trabaran las puertas, pero los ruidos no llegaran, Ignacio minimizaría el asunto.

—Ya está, Flavia, relajate. Ya zafamos. No va a pasar nada en las últimas doce horas.

¿Zafamos? ¿Cómo podía ser que Ignacio fuera tan inocente? Flavia separó las tapas del sándwich de jamón y queso que comían sentados en el suelo del comedor vacío, sobre una caja de cartón que había sobrado. ¿Cómo puede pensar que terminó cuando

todavía falta lo importante? Con los dedos separó un trozo de queso y lo masticó con asco.

—No entiendo cómo me pedís que me relaje después de este fin de semana, sinceramente.

—Ya no queda nada para robar, ¿no ves? Ya nos llevamos todo. ¿Qué van a robar?

Flavia hizo una pausa. Su mirada se perdía en el horizonte. Las palabras de Ignacio resonaron un rato, en el eco de la casa vacía. Enseguida, Flavia dijo con total seriedad:

—Sí que queda. Quedamos nosotros y la casa. Quieren ocupar la casa.

Lunes

Ignacio esperaba en la calle con el auto en marcha. Flavia, que sabía muy bien que a esa hora Ramón y Miguel no estaban, golpeó el portón metálico de la casa del frente.

Marisa abrió la puerta de par en par. Con una mano sostenía al bebé, que colgaba incómodo de su brazo como un mono de la rama de un árbol, y con la otra sujetaba la mamadera. El palazo bajó directo a su frente, por encima de la ceja izquierda. Flavia procuró tomar la barra de metal con las dos manos, para que el golpe fuera más efectivo. Marisa cayó al suelo, la cabeza torcida hacia atrás en una contorsión imposible. Los globos oculares se le ensancharon ante el contacto con el metal, y luego se cerraron y así quedaron cuando la mujer quedó desparramada en el suelo.

En el aire, Flavia soltó la barra y le arrebató a Jacobo —desde hoy Maciel— de las manos. Lo presionó contra su pecho y corrió para meterse al auto a través de la puerta que la aguardaba abierta y preparada.

Ignacio puso primera. El caucho chirrió sobre el asfalto y salieron disparados.

No mucho después, entrarían por las paredes amuralladas de la casa nueva y Flavia decidiría que el empapelado azul que Ignacio había elegido para la habitación de Maciel lucía muy opaco, y pediría cambiarlo por otro con un poquito más de verde.

Yerra

No hacíamos nada especial cuando apareció el perro.

No más especial que matar el tiempo entre el café con leche de la merienda y el llamado a la cena.

Desde el banco de la plaza, lo vimos los cuatro a la vez. No hubo esta vez incitador y seguidores, sino más bien un encuentro entre circunstancia y oportunidad; casi como una expresión sagrada de la naturaleza.

El perro había sido atraído a la plaza por el olor putrefacto de la basura que rebasaba uno de los contenedores. Recostado sobre un borde, el nylon de una bolsa chorreaba la viscosidad nauseabunda y podrida de unos restos de pollo. La peste desprendida de las gotas que habían regado el suelo durante días había terminado por formar un charco, viciado de moscones y larvas. El inmundo banquete se completaba con más bolsas, desparramadas en la base del atiborrado basurero, algunas, incluso, ya destrozadas por otros callejeros. La promesa de un pedazo de carne avinagrada obligaba al perro a deambular alrededor del tacho, bamboleando con expectativa su

peluda cola marrón y blanca. Se lo veía desnutrido y la costra oscura de una lastimadura asomaba de una pata delantera, con la cual apenas si pisaba. No tenía collar ni señal alguna de hogar o de dueño. Abandonado a la suerte del vagabundeo, había terminado ahora, por designio de incomprensibles fuerzas universales, en la plaza. En nuestra plaza.

Joaquín se levantó con decisión. En el espacio entre la remera y el borde del pantalón, asomó el ligero contorno de un calzoncillo azul. Nos reloreó con vergüenza, y con las dos manos devolvió el pantalón a la cintura. Procuró caminar despacio en dirección al perro. Pero Mateo lo detuvo desde el banco.

—No lo asustes —dijo.

En silencio, aprobamos sus palabras y esperamos. Mateo siempre había parecido el mayor de los cuatro. Quizás por su manera de andar entre la gente, o por cómo hablaba en el colegio. Nunca había escuchado una mala idea salir de su boca, y esta no sería la excepción.

De su mochila sacó un paquete de galletas a medio terminar y caminó despacio hacia donde estaba el perro, volteando de vez en cuando, mientras se llevaba el dedo índice a la boca para que no habláramos. Y no hablamos.

Cuando estuvo a una distancia que determinó prudente, arrojó la primera galleta cerca del animal.

Este, desconfiado, no se acercó sino hasta que Mateo hubo retrocedido varios pasos. El perro la olfateó unos segundos y, luego de lamerla con fugaz desconfianza, se la llevó a la boca. Encorvado para masticar, arqueó las cejas y admiró a Mateo con timidez. De la comisura del hocico le surgió un elástico y blanco hilo de saliva, que se derramó, despacio, sobre la gris baldosa de la plaza. Entonces Mateo arrojó una segunda galleta. Y luego una tercera. Y una cuarta.

Con cada galleta que caía al suelo, la confianza del animal crecía; ya no las olfateaba antes de comerlas. A la par, crecía también la confianza de Mateo, que lo obligaba a recorrer espacios más y más grandes, atrayéndolo hacia donde ahora nosotros esperábamos mordiéndonos los labios, hacia el frente de la plaza

Y al frente de la plaza se ubicaba el baldío: un pequeño y desolado rectángulo de abandono en donde una tupida capa de pasto roñoso llegaba a las rodillas, y los vecinos tiraban basura. Un alambrado circundaba el lugar; hacía unos meses ya que lo habíamos abierto en una de las esquinas, generando una suerte de puerta.

La última galleta cayó sobre la verde maleza del baldío y el perro la persiguió, alegre.

Cerré el alambrado detrás de él.

La piel se pegaba a las costillas del animal y sus piernas raquíticas a duras penas soportaban el peso

del lomo. Cuando terminó la galleta se quedó espíandonos, esperando más. Movía la cola con ilusión.

Mateo tomó de nuevo la iniciativa y se plantó delante del perro. Desprendió la brillante hebilla de metal del cinto negro que le ajustaba los pantalones, tiró con fuerza hacia la izquierda, y lo pasó de un solo movimiento por todas las trabillas, sacándolo por completo. Era un horrendo cinturón de cuero, mordido por el tiempo. El sonido que hizo al resbalar por sus manos sobresaltó al perro, que lo examinó con dos profundos ojos negros. ¿Acaso le suplicaban que todo estuviera bien?

Me puse al lado de Mateo, para protegerlo de las eventuales consecuencias. Joaquín y Damián rodearon al animal, el primero, con la madera de una escoba; el otro, con una sogá.

Mateo asestó el primer golpe sobre el lomo del perro, que se contorsionó de dolor. Agachó el cuello, acercando el hocico al suelo. Como disculpándose por haber comido las galletas, retrocedió un poco, sin atinar todavía a irse. Probablemente lo alentaban el hambre y la esperanza de que, después del dolor, llegara más comida.

Secundé a Mateo. Camino al baldío, había juntado un montoncito de piedras. Grandes, chicas, medianas. Blancas, marrones, azuladas. Eran tantas, que habían ido cayendo de cuando en cuan-

do al suelo. Tomé una al azar y se la tiré al perro hacia donde le nacía la cola. Me miró sin entender, y Mateo lo golpeó de nuevo.

Esta vez el animal se movió hacia su derecha apenas vio bajar el latigazo del cinto. Aun así, la hebillita lo alcanzó en el lomo. Volvió a recular y dar vueltas sobre sí mismo, estupefacto, cuando Joaquín arremetió sin tregua con un palazo que le impactó cerca del hocico. Sus cuatro patas abrieron carrera para salir del baldío, pero Damián, rápido de reflejos, las alcanzó con la soga. El perro se desplomó, rodando sobre su lomo. Tras un breve esfuerzo, volvió a ponerse de pie.

Mostró los dientes.

Su cara se había desfigurado y la presión con la que apretaba los colmillos me hizo retroceder. Un gruñido áspero surgió de su boca rabiosa. Su odio se me pegaba en la piel como la humedad seca después del sofoco de una tarde de calor.

Mateo dio un paso al frente. No se dejaba amedrentar. Su figura se agigantó: era el rey del baldío. El rey de la plaza y del barrio. Ese era su imperio y nadie iba a gruñirle allí. Golpeó en el hocico al animal, que enloqueció y le saltó encima con violencia. Sus dientes se le incrustaron a Mateo en la carne blanda del antebrazo. Él frunció el ceño un largo segundo en el que las cejas chocaron y mordió el aire ahogando un grito de dolor; su orgullo lo mantuvo impávido.

El cinto negro golpeó dos veces más. La madera de Joaquín también cayó sobre el lomo del can, que —sin embargo— no cedía. Seguía prendido al brazo de Mateo, hincando sus dientes cada vez más hondo.

Los surcos rosados que aparecieron en su pelaje probaban que mis pedradas habían sido precisas. Eso tampoco cambió nada.

Una espuma blanca y espesa surgió de la boca del perro y se derramó por el brazo de Mateo, cayendo hacia la maleza del baldío. Era la efervescencia burbujeante de la rabia.

Entonces Damián se le acercó y ató sus cuatro patas con la soga. Mateo lo sacudió otra vez con el cinto. La hebilla color plata impactó en uno de los ojos del animal, que liberó la mandíbula en el acto y cayó indefenso al suelo, maniatado. Me recordó a los cerdos que mi padre mataba en el campo, cuando visitábamos la casa de mi abuelo.

Algunas lágrimas brotaban, tímidas, de los ojos de Mateo, pero su expresión tenía la dureza de cualquier tarde en la plaza. Desde arriba, estudió cómo el perro se retorció y ladraba y aullaba, y comenzó a patearlo sin tregua. En el lomo, en la cola, en el hocico, en el pecho, en la mandíbula. La bestia se encorvaba. Gemía.

Miré mis zapatillas azules, las que usaba para ir a gimnasia. Mi madre me pedía que me las sacara

siempre que llegara a casa porque tenían que durar todo el año. Pero yo no lo hacía. Nunca lo hacía.

Las zapatillas azules también golpearon al perro. Y luego se sumaron las de Joaquín y las de Damián. El fragor de nuestras suelas que rebotaban sobre la masa sangrante y derrotada que yacía en el césped, tapó sus quejidos; más tarde desaparecieron. Desahuciado, el animal se había resignado a lo inconsolable de su suerte. No había escape.

Alguien nos descubrió desde el otro lado de la plaza. Una mujer con unas bolsas. Vivía por el barrio porque la habíamos identificado otras tardes a esta hora, cargando siempre las mismas bolsas del supermercado de la avenida. La mujer se acercó al baldío, con cautela primero y angustia después. Sus gritos de seguro alarmarían a los vecinos, así que salimos disparados. Joaquín primero. Escapó del baldío en dirección opuesta a su casa. Damián lo siguió y yo hice lo propio, pero arranqué para el otro lado. Dividirse siempre funcionaba, nunca nos perseguían más de media cuadra. A nadie le importaba tanto.

Cuando giré la cabeza hacia atrás, me di cuenta de que Mateo no corría. Grité su nombre varias veces, pero pareció no oírme. Inmóvil, observaba cómo el perro malherido se desparramaba en el suelo. La hemorragia de su brazo había regado un charco rojo en el pasto del baldío.

La mujer ya estaba casi sobre nosotros, así que aceleré la carrera y me alejé.

La tarde siguiente, sentados en el banco de la plaza, no hablaríamos del perro. Ni de la venda que cubría las dentelladas en el brazo de Mateo. Ni de sus piernas desnudas, marcadas por la hebilla plateada de un cinto de cuero negro.

Amantes

*Quiero hacer contigo
lo que la primavera hace con los cerezos.*

PABLO NERUDA

No pasa un minuto sin que te piense, querida mía. Pero hoy, finalmente he encontrado las palabras. Hoy te evoco y exquisitas frases brotan sin esfuerzo. ¿Cuántas veces hemos conversado verdaderamente? ¿Cuántas veces he empezado diciéndote alguna cosa para después callar en la vergüenza de no esgrimir un léxico que te honre? Eso, sin embargo, ha cambiado. Ahora me paso los días escribiendo poemas que rimen con tu nombre y leyendo y releiendo los pocos clásicos a los que desde aquí accedo. Claro que esas historias atemporales y vetustas no tienen nada de maravilloso comparado con la nuestra, amor mío. Verás, desde nuestra separación, he recorrido sin éxito oficios disímiles y absurdos, pero la asfixiante nostalgia del amor me ha recluso, inevitable, al solitario vicio de las letras.

El momento en que nos conocimos es el que recurre a mi mente y me abruma con obsesiva persistencia. ¿Cómo podría borrar aquella tarde radiante en que entraste a la oficina y tu presencia, imponente y grácil, colmó mis vacíos para siempre? De inmediato supe, en cuanto cruzaste el portón metálico del salón, que tu destino era ser mía, como lo son mis uñas o lo es mi piel, nacidas de la entraña misma de mi carne. Presentí entonces que mis noches de hastío pronto acabarían.

Te amé sin frenos ese día y los que siguieron.

Quizá nunca te lo dije, pero las semanas que sucedieron tu llegada me esforcé por conservar la rutina del trabajo que practicaba, meticulosamente, desde que tenía veinte años: llegar a la oficina con las primeras luces de la mañana y descorrer las cortinas que cubrían la pequeña ventana encastrada al techo de la sala, para que la luz entrara al gran salón en un displaciente goteo que iluminaba, a duras penas, algunos de sus oscuros rincones. Luego colocaba en el viejo grabador el disco de Armstrong y ensayaba una improvisada coreografía de “What a wonderful world” que había inventado y perfeccionado con los años. Con glamorosos pasos de baile, recorría las sombras de la sala y engarzaba los guantes de hule blanco en mis dedos, mientras el alcohol etílico caía, como el rocío del alba, sobre los estantes y los instrumentos.

Por aquel entonces yo necesitaba ser cuidadoso: vos todavía eras una asustadiza gacela. Así que te espiaba por encima del hombro o inventaba excusas para deambular a tu alrededor. Los detalles de tu rostro me fascinaban; la curva de tus pómulos, el cuenco donde reposaban tus ojos. La suavidad que contorneaba tu figura. ¿Te hablé ya de esa carta que te escribí a poco de que llegaras, en la que enumeraba con precisión científica por qué tu rostro era perfecto? Claro que después destruí aquel manuscrito, bienintencionado pero fallido.

Intenté repetidamente ocultar el vértigo que estar cerca de ti provocaba en mi cuerpo, pero al ligero roce con tus cabellos, mis manos temblaban y mi frente exudaba. Ya entonces yo era víctima de la fiebre del amor.

Tu presencia lo cambió todo y, pronto, el caótico vórtice del amor nos arrastró con él.

Tu boca suave, cálida como la seda, y el adictivo perfume de tus labios entrecerrados, me arrebataron toda cordura. Tus besos sabían a un volcán en primavera: ácidos y apasionados. Con mis palmas imperfectas estudié al detalle la geografía de tu pecho, hasta memorizar sin titubeos la frescura de tus senos blancos, dóciles al obstinado encuentro de mis dedos. Tus muslos fríos, de mármol, me invitaron a fundirme en el fogoso abrazo de la piel; y tu cadera

inmóvil cedió al embiste amable de mi pasión mientras tu cuerpo todo, impassible y sereno, reprimía el temblor interno de lo que es recíproco y golpea sin tregua con la furia de la tormenta. Estallamos, en un solo cuerpo y una sola alma.

Nada volvió a ser igual en aquel lugar de puertas grises y rumores gélidos. Por más esfuerzos que yo hiciera por no rozarte las manos o acariciar tus mejillas, el impulso de la carne siempre corregía mi conducta y me sometía a tus perversiones. Todavía me pregunto si, acaso, de haber actuado diferente no seguiríamos juntos. Me torturan mis culpas.

Pretender indiferencia se volvió impensable y no tardé en caer rendido a los generosos brazos del amor.

Así como ahora es imposible el olvido y, en cambio, te escribo como un loco, querida, con mis palabras nuevas y mis fecundas frases. Noche y día me ahoga esta oscura tentación de tenerte y hacerte mía de nuevo, mi amada.

Quizás todo esto haya sido mi culpa. Esa tarde intenté explicarles. Pero... ¿Qué podrían saber ellos del amor? Si tan solo vos hubieras gritado que, de haber podido, me habrías elegido. Si tan solo yo hubiese cuidado con mayor astucia nuestro secreto. Ellos no entienden que, de no ser mis días algo más

que mugrosas marcas en una pared opaca, yo podría pintarte de cuerpo entero, querida; así de hondo te conozco. Pero no me creyeron y esposaron mis manos, enclaustraron mi corazón. Si no fuésemos víctimas de este huracán que arrolló nuestras vidas, cuánto seríamos, amor mío, cuánto seríamos... Si esa lluviosa tarde de octubre yo no hubiese descorrido la cortina del ventanal para que el sol te iluminara los ojos, jamás habrían espiado el interior de la sala, ni nos hubieran descubierto amándonos en las blancas camillas de la morgue.

Índice

¿A dónde te llevo?	11
Cepa	27
Matar al Toby	35
Pulgones	49
Diez, doce	57
Las dos orillas	61
Corrientes y Esmeralda	65
Cortar las frutillas	87
Sala de Embarque	97
Hora pico	113
Los de enfrente	125
Yerra	151
Amantes	159

P O R N O S

DEL GRIEGO: DISOLUTO, LIBERTINO, SALAZ, OCULTO, DESHO-
NESTO, ADÚLTERO, FORNICADOR, IDÓLATRA, PROSTI-
TUTO. DEL CHILENO, ARGENTINO, COLOMBIANO,
BOLIVIANO, VENEZOLANO, URUGUAYO, PARA-
GUAYO, BRASILERO, MEXICANO, LATINOAMERICANO:
POR NOSOTROS. CONTRIBUYENDO CON MATERIAL ALTAMENTE
INFLAMABLE PARA EL DÍA EN QUE TODO SE APAGUE.
GARANTIZADO
POR NOSOTROS
PORNOS

*

Este libro se terminó de imprimir en la ciudad de Córdoba en noviembre de 2018.